

Gabriel Medrano de Luna

*Como me lo contaron
Te los cuento*



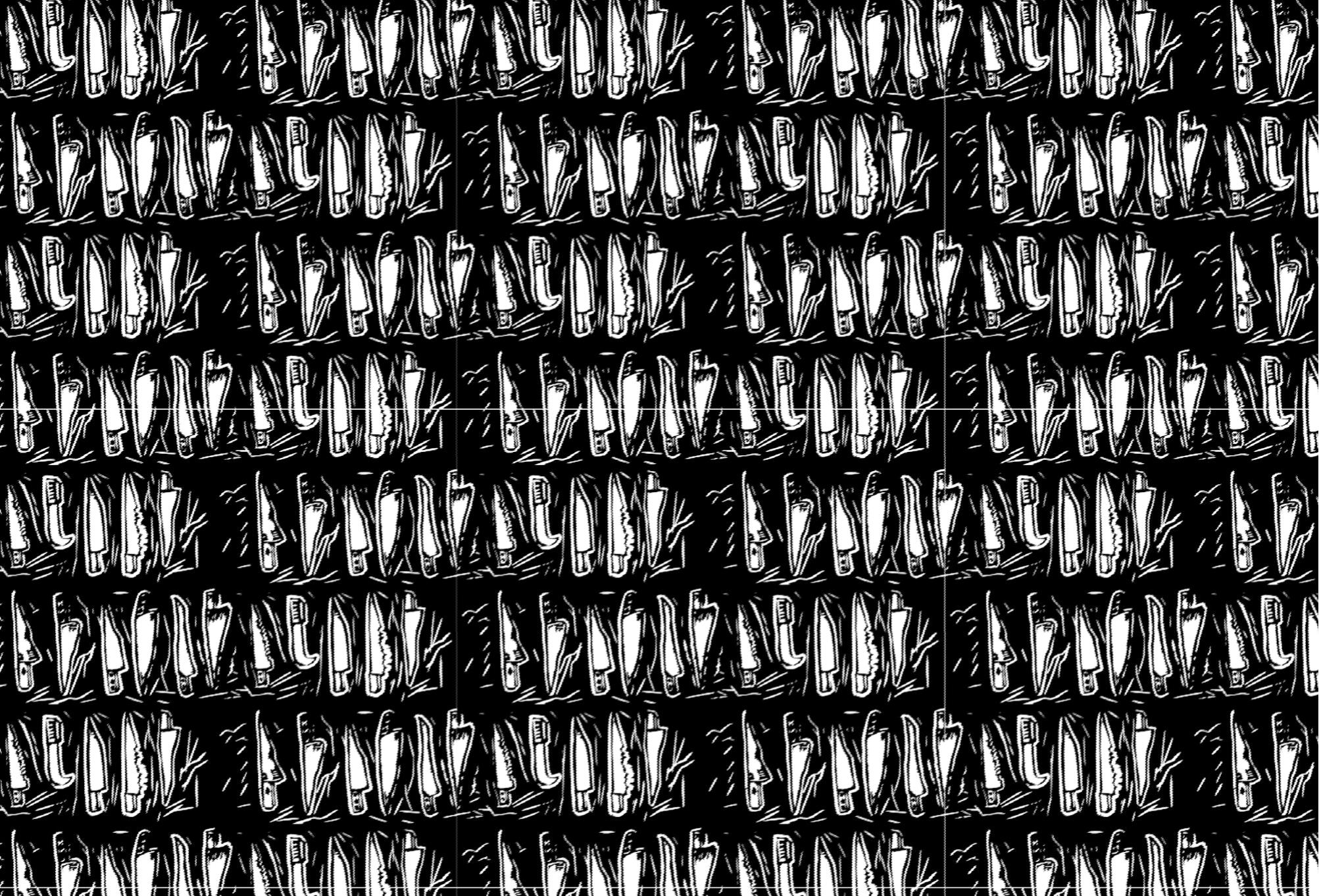
Leyendas de Aguascalientes



CULTURA



Un volumen ilustrado por artistas visuales de Aguascalientes en el que al lector le tocará comprobar la veracidad o ficción de las leyendas aquí expuestas, tendrá que recorrer calles, cerros, barrios, jardines y edificios para dejarse atrapar por la fantasía de Aguascalientes, quizás se encuentre con el tesoro de Juan Chávez si va al cerro de Los Gallos, o logre desentender el rizo del cabello de la China Hilaria, escuchar a los cuatro hermanos Santoyo junto al árbol de granado ¿y por qué no? Encontrar parte de las monedas que dejaron enterradas, se podría encontrar al Encapuchado en el Jardín de San Marcos y si tiene suerte y va al Cerro del Muerto, podrá encontrarse con los hombres de ojos luminosos y fantasmas de una raza extinta.





Como me lo contaron se los cuento

Leyendas de Aguascalientes

Como me lo contaron se los cuento
Leyendas de Aguascalientes
Gabriel Medrano de Luna

Ilustraciones de: Edgar Adrián Aranda Ramírez, Hanna Ballesteros, Mariana del Rocío Castillo Rodríguez,
Roberto Castro Fernández, Biagio Grillo, Iztheni Hernández Martínez, Guillermo Hernández, David Hidalgo
Uribe, Arely Joseline Jiménez Hurtado, Humberto Rincón Castorena, Pedro de David Salas Muños y Alejandra
Soria Ávila.

Primera edición 2017

© Gabriel Medrano de Luna

© Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura

Antonio Acevedo #131, Colonia Centro, C.P. 20000, Aguascalientes,

Ags. ISBN 978-607-97788-1-1

Impreso en México / Printed in Mexico

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio,
sin previa autorización de los editores.



María Teresa Jiménez Esquivel
Presidenta Municipal del H. Ayuntamiento Constitucional del Municipio de Aguascalientes

Netzahualcóyotl Ventura Anaya
Regidor Presidente de la Comisión Permanente de Cultura del H. Ayuntamiento Constitucional del Municipio de
Aguascalientes

Héctor Alejandro Vázquez Zúñiga

Director General del Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura

Abraham Velasco Jiménez

Coordinador de Promoción y Difusión Cultural del IMAC

Rocío Castro Fernández

Jefa del Departamento de Ediciones y Fomento a la Lectura del IMAC

Wilfrido Isamí Salazar Rule

Mariana del Rocío Castillo Rodríguez

Jonatan Salvador Frías Herrera

Juan Mariano De Loera Pérez

Equipo Editorial del IMAC

Como me lo contaron se los cuento

Leyendas de Aguascalientes

Gabriel Medrano de Luna

Índice

Agradecimientos

11

NOMBRES DE CALLES

Introducción

12

Calle de la Lagunita

45

Calle de las Ánimas

46

HISTÓRICAS

Aguascalientes libre, por el beso de una mujer

21

La Calle del Loco Tavárez

49

TOPONÍMICAS

El Cerro del Muerto

27

TESOROS

Las Agapitas

63

PERSONAJES

Don Esteban Esparza

31

La momia del túnel

71

Chicha Gómez

33

Las Señoritas Islas

34

RELIGIOSAS

El Cristo del Encino

81

BANDOLEROS

Juan Chávez

37

APARICIONES

El aparecido del chambergo	89
El espectro del cementerio	92
El Fantasma del Jardín	95
La Llorona	99
El encapuchado del jardín	103

PACTOS CON EL DIABLO

El Caporal Ardilla	109
La China Mulata	115
Biografía de una ciudad	119
El Choque	122

ANTROPOMÓRFICAS

La leyenda del Chan del Agua	125
A manera de consumación	126
Bibliografía	129
Ilustradores	133

*Para los abuelos,
con la esperanza de que sigan narrando historias
para mantener viva esta rica tradición oral.*

*Al Sol y la Luna,
por incentivar la cultura oral.*

*A Gabriely Carlos,
para que conozcan las historias
y leyendas de Aguascalientes.*

Agradecimientos

Este libro no es únicamente obra del autor. Fue resultado del trabajo, discusión y reflexión desarrollados en torno a la cultura oral y el patrimonio intangible mexicano, tema de estudio que me cultivaron capitalmente los doctores Herón Pérez Martínez y José Manuel Pedrosa Bartolomé.

Agradezco de manera especial al Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura (IMAC) y su equipo de trabajo, por la edición del libro. Hago también público reconocimiento a todas aquellas personas que generosamente me brindaron su apoyo y sugerencias, esencialmente a Martha Esparza Ramírez por interesarse en el texto y motivarme a estructurarlo para su publicación, a Virgilio Fernández del Real, Gerardo Medrano de Luna, Jorge Amós Martínez Ayala y Gumercindo España Olivares Sshinda. Son muchas y de muy variada especie las deudas contraídas, agradezco a quienes me apoyaron a lo largo de la investigación y aunque sus

nombres no aparezcan aquí, saben cuán presentes están dentro de mis afectos.

Gracias a todas aquellas personas que ayudaron a mi investigación contando alguna historia u ofreciendo críticas y sugerencias propicias. Especialmente a los adultos mayores por seguir trasmitiendo historias y cautivar en los niños el interés por escucharlas. Manifiesto mi cariño y reconocimiento a mis abuelas Isaura y Rosaura, porque desde pequeño despertaron en mí el interés y pasión por las narraciones populares; de igual manera a Leticia Santacruz, mis hijos y mi familia, son ellos quienes siempre me impulsan a seguir estudiando nuestras tradiciones.

Gabriel Medrano de Luna
Aguascalientes-Guanajuato

Desde mi espacio Garambullo, febrero 2016

Introducción

*Que lo creas o no, me importa bien poco.
Mi abuelo se lo narró a mi padre,
mi padre me lo ha referido a mí,
y yo te lo cuento ahora,
siquiera no sea más que por pasar el rato.*

Gustavo Adolfo Bécquer¹

Antiguamente al caer la tarde se juntaban los abuelos para contar historias y se acercaban los niños a escucharlas. En aquel tiempo no había alumbrado público como hoy y eso le daba cierto toque de misterio a las narraciones. Imaginemos a nuestros antecesores relatándonos esas leyendas en casa de la abuela. Aún con-

¹ *Rimas, leyendas y narraciones*, México, Editorial Porrúa, Colección Sepan Cuántos Núm. 17, Prólogo de Juana de Otañón, Vigésimo séptima edición 2007, p. 103.

servo el deseo de seguir escuchando y compartiendo esas historias que me contó mi abuela Isaura, mi mamá Martha y otras personas más, aparte de las que indagué en distintos libros. Fruto de ello, es este libro que tienes en tus manos, afectuoso lector.

Durante mi infancia viví la aventura de ir a la Cueva de Juan Chávez, recorrió el Jardín de San Marcos, vagué por la Estación del Ferrocarril, caminé por el Barrio del Encino y anduve los caminos del centro de Aguascalientes. Han cambiado muchos aspectos de la vida cotidiana y no han pasado tantos años; parte de esos cambios se ven reflejados en las leyendas contenidas en este texto, algunas de ellas tocan incluso un mismo personaje, por ejemplo Juan Chávez, además de la anécdota, es factible que podamos concluir si lleva implícito algún mensaje moralizante, sabemos que las narraciones populares también han tenido un fin orientador, una enseñanza, principalmente en los niños.

Muchas veces en mi niñez iba con mis diez hermanos a la casa de la abuelita Rosaura. Ella fue maestra de primaria muchos años, y en su morada tenía una enciclopedia de cuentos, fábulas y leyendas. Recuerdo que mis hermanos y yo nos poníamos a leerlos; fue como una semilla cultivada en nuestro interior que germinó con el tiempo. Muchas de esas narraciones son las que despiertan en los críos la imaginación, el amor a la lectura y los valores morales.

Los abuelos me decían que si me portaba mal se me iba aparecer El Coco; hasta la fecha no he conocido a este personaje, pero supongo que es una variante del concepto que tenemos del demonio o del mal. De igual manera me indicaban que me iba salir La Llorona, al pensar en ello era lógico que yo me portaba bien. Pareciera que actualmente los críos ya no creen en esos personajes.

Las leyendas son un vehículo para la transmisión de valores desde el seno familiar, acrecentado y reforzado durante sus primeros años de estudio, aunque el aprendizaje será para toda la vida. Sabemos que los seres humanos desde que nacen forman parte de un grupo social, comienzan a adquirir valores que varían

de una sociedad a otra. Es por ello que antes de entrar a la primaria el niño ya posee ciertos valores, los cuales confronta y acumula con los que el docente le trasmite en la escuela, “que es un espacio social donde el individuo reformula su propia jerarquización de valores. No quiere decir sólo que pueda cambiarla, sino que agrega, fortalece y cuestiona”². De ahí la importancia de utilizar las narraciones para que el niño cuestione, acumule y fortalezca nuevos valores.

Los mitos, fábulas, cuentos populares, leyendas, rondas infantiles, adivinanzas y canciones, entre otros textos más, podrían adquirir un valor en tanto que los progenitores o docentes trasmitan la riqueza que llevan. A través de ellos se puede lograr una educación integral donde la educación en valores pueda ser “como un proceso que necesariamente incluye el cultivo, la socialización, la enculturación y la formación”³.

Las leyendas, cuentos, mitos y fábulas componen la literatura que ha educado a niños o adultos durante

² Susana García Salord-Liliana Vanella, *Normas y valores en el salón de clases*, México, Siglo XXI Editores – UNAM, 6^a edición 2000, p.36.

³ María Teresa Yurén Camarena, *Eticidad, valores sociales y educación*, México, UPN, 1995, p. 254.

toda la existencia de la humanidad. La verdad de las narraciones tradicionales es la verdad de nuestra imaginación y no de la causalidad normal. Para facilitar esa enseñanza que aportan dichas narraciones, se forja en este libro un repertorio de leyendas de Aguascalientes, pretendiendo que los lectores y lectoras logren relacionar los contenidos como parte de su cultura e identidad.

Para emprender este viaje por el maravilloso mundo de las leyendas en Aguascalientes, considero pertinente abordar lo que entenderemos por leyenda. Esta palabra proviene del latín *legenda* y significa “cosas para leer, lo que habrá de ser leído”, de *legere*, leer. La mayoría de las acepciones sobre la leyenda coinciden en que se trata de relatos trasmítidos desde el pasado por tradición oral y pueden contener hechos históricos y/o ficticios.

Lo característico de la transmisión de las leyendas es que tanto el narrador como su audiencia creen en ellas. Los temas de las leyendas son muy variados: son comunes los temas religiosos, hombres lobo, bandoleños, fantasmas, seres sobrenaturales, aparecidos, pactos con el diablo y heroínas reales.

Para la clasificación de las leyendas es importante tomar en cuenta “las variantes atendiendo a su localización, a la fecha, lengua y tipo de civilización en que tienen curso, trazar después el cuadro, no sólo de las semejanzas, sino también de las diferencias”.⁴ Actualmente ya no se cuentan leyendas como antes, por causas diversas, una de ellas: el desarrollo de los medios digitales de comunicación, la poca convivencia de la infancia con los abuelos, entre otras.

Las leyendas contenidas en este libro dan cuenta de creencias, sucesos históricos y aspiraciones de los aguascalentenses; los temas son muy variados: históricos, topónimos, nombres de calles, tesoros, religiosas, apariciones y pactos con el diablo, etc. Una compilación que ha sido articulada, siguiendo algunas concepciones de autores como Arnold van Gennep y Alma Yolanda Castillo sobre el tema, vemos que se trata de narraciones trasmítidas por tradición oral y pueden contener sucesos históricos y/o ficticios.

Está conformada por 33 leyendas; 17 fueron obtenidas de la compilación hecha por Guadalupe Appendini; 10 de Alfonso Montañés; una de José T. Vela,

⁴ Arnold van Gennep, *La formación de las leyendas*, Madrid, Alta Fulla, 1982, pp. 47.

Luis Augusto Kegel, Elías L. Torres, Mario Mora Barba y dos anónimos. De las 17 que recopiló Appendini, tres las obtuvo de relatos escritos por Alfonso Montañés.

Arnold van Gennep plantea una tipología para las leyendas: las relativas al mundo natural, al mundo sobrenatural y las históricas:⁵

I. Leyendas relativas al mundo natural:

1. Leyendas explicativas: las diversas maneras como se han representado los hombres la formación y constitución del universo se pueden dividir en tres categorías:

Zoomórfica: los hombres, rocas, astros, demonios, dioses y héroes civilizadores eran originariamente seres de forma animal, en esta categoría se explica esa transformación.

Antropomórfica: los animales, rocas, astros y demonios fueron inicialmente seres de forma humana y no necesariamente hombres porque dichos seres podían tener un solo ojo, seis brazos, ser enanos o gigantes, etcétera.

Astronómicas: referidas a la situación y a los movimientos de los cuerpos celestes, o las diferencias y a las

⁵ Arnold van Gennep, *op. cit.*, *La formación de las leyendas*, pp. 65-187.

cualidades de especies animales o vegetales, etcétera.

2. Leyendas relativas a los astros, al cielo, a la tierra y las aguas: las que se refieren al cielo, al rayo, el sol, la luna, las constelaciones, la Vía Láctea y los eclipses.

3. Leyendas de personajes animales: permiten considerar más de cerca el problema de la antigüedad relativa a cada una de las categorías de narraciones, se deben considerar como las más primitivas entre todas porque depende de la buena voluntad de los animales, de su subordinación por vía mágica, de su domesticación, la nutrición de los hombres en los primitivos estados de la civilización.

II. Leyendas relativas al mundo sobrenatural:

1. Leyendas relativas a demonios y a dioses: relatan aspectos referentes a las divinidades como una fuerza del bien, entre ellas se encuentran las que se refieren a los tótems y los antepasados como objeto de verdadero culto. Las que hablan de los demonios están vinculadas con el mal y de alguna manera son instructivas al contraponerse con las de los dioses.

2. La leyenda ritual y dramatizada: utilizan una fórmula mágica, la narración de la leyenda y el rito

en que se expresan forman un todo indisoluble y no son del dominio público. Estas narraciones son objeto de creencia y se traducen en acto a medida que se recitan, por eso son leyendas dramatizadas o mitos. La mayoría representan grandes hechos de antepasados totémicos trágicos, crueles, benéficos o cómicos en una curiosa mezcla de realismo y convencionalismo. En todas estas representaciones se combinan la narración hablada, la cantada, la fórmula de sortilegio con ritmo monótono (la fórmula mágica), la danza brincada y juegos de escena, el público colabora con los actores a través de coros, refranes y exclamaciones mágicas como la plegaria.

3. Leyendas relativas a los héroes civilizadores y a los santos: los héroes son los personajes que han adquirido ya sea por astucia o por iniciación, o que tuviesen desde que nacieron una cualidad especial mágico-religiosa de santidad o de divinidad como los sacerdotes o reyes divinizados, ascetas, profetas, etc. Los santos son personajes cristianos a quien se rinde culto y que reside con Dios y los ángeles en el paraíso. El santo se distingue del héroe civilizador en que jamás se le considera como antepasado de un grupo humano.

III. Leyendas históricas:

1. El valor del testimonio y la memoria colectiva: la cuestión de la veracidad de estas leyendas no preocupa ya que el asunto de la realidad científica no concuerda con el tema legendario; antes de estudiar la categoría de la leyenda histórica conviene delimitar los límites de la deformación que pueden hacer individuos o grupos, y los límites de la observación junto con los de la memoria colectiva. Lo importante en este tipo de leyendas es por un lado su penetración en la memoria colectiva de un pueblo y la intención que tiene quien la transmite. La producción de ciclos temáticos o variantes responde a una necesidad específica, no es un resultado ocasional esporádico o patológico, sino de una realidad cultural de los pueblos.

2. Valor documental de las leyendas históricas: se refiere al valor que tienen las leyendas en aquellos pueblos que carecen de documentos escritos, propiamente dichos, detallados y precisos; ejemplos de este tipo de leyendas son la *Iliada* y la *Odisea*, o las canciones de gesta en la Edad Media. El valor general de estas leyendas no radica en el apego a la historicidad ya que a veces la inexactitud histórica “habla de la intención de un pueblo al narrar y transmitir lo narrado”.

3. Leyendas relativas a personajes históricos: se producen por la interpretación del nombre de un personaje histórico real unido a un fenómeno natural, artificial o a un acontecimiento; en ocasiones los protagonistas de estas leyendas son personajes históricamente secundarios porque los verdaderos héroes poseen una individualidad demasiado conocida por sus contemporáneos y por las generaciones inmediatamente sucesivas, por eso los poetas hacían de los personajes secundarios los héroes de sus fantasías. A este principio de *sustitución* se añade el de *convergencia*. Esta idea toma diferentes formas según se trate de un jefe religiosos o laico, si es religioso el personaje principal debe renacer y si es laico debe pervivir ya sea por muerte falsa o porque absorbe la personalidad de otro personaje.

La clasificación hecha por Arnold van Gennep es muy importante ya que ahí podemos ubicar gran número de leyendas de numerosos países, leyendas que versen sobre el mundo natural, sobrenatural o histórico. Para el caso de Aguascalientes es posible encontrar leyendas que se ajusten a la tipificación hecha por Arnold van Gennep pero considerando el número de leyendas existentes en este libro se optó por catalogarlos de di-

ferente manera ya que no se pretende encasillar cada leyenda a la clasificación presentada por la razón de que algunas no se ajustarían tal cual, de ahí la importancia de crear una nueva tipificación para las leyendas de Aguascalientes:

1. Históricas: narran sucesos históricos que la gente los asumió como verdaderos y de ahí la importancia de memorabilidad colectiva y la posterior trasmisión de generación en generación hasta la actualidad; como ejemplo “Aguascalientes libre, por el beso de una mujer”, basada en la manera en que se independizó Aguascalientes de Zacatecas.

2. Toponímicas: describen cómo la leyenda dio origen al nombre propio de un lugar, tal es el caso de “El Cerro del Muerto”, ícono de Aguascalientes.

3. De personajes: muestran personas que por aspectos particulares formaron parte de la memoria colectiva de los aguascalentenses como Don Esteban Esparza, Chicha Gómez y Las señoritas Islas.

4. De bandoleros: hablan de hazañas de héroes populares de Aguascalientes, “son relatos que combinan perfectamente hechos reales y fantásticos haciendo indispensable la aparición del segundo para argumenta-

ción de lo primero. A los personajes se les suele atribuir poderes sobrenaturales o bien habilidades humanas extraordinarias".⁶

5. Nombres de calles: dan cuenta de los nombres de algunas calles en Aguascalientes que a pesar de que actualmente tienen otro nombre se les sigue recordando por su antigua referencia gracias a la trasmisión de las leyendas en la actualidad; La Calle de la Lagunita, La calle de las Ánimas y La calle del Loco Tavarez son ejemplo de esto.

6. Tesoros: alude a tesoros enterrados que al ser encontrados sólo traen la desgracia de quien los encuentra por la codicia; ejemplo de ello es la leyenda de Las Agapitas. Otras leyendas hablan de tesoros ocultos en los túneles que hay en Aguascalientes y al encontrarlos y quererlos agarrar se convierten en polvo.

7. Avaricia: describen personas que se dedican a trabajar y guardar sus ahorros, con el tiempo se vuelven más ricos y avariciosos que al morir se aparecen en el lugar que guardaban sus ahorros, como ejemplo se relata la leyenda de Los Plata.

⁶ Aurea Ortiz Rico Contreras, *La Tradición oral de Aguascalientes. Propuesta de clasificación de cuentos, fábulas y leyendas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001, Tesis de Maestría en Ciencias Humanas sin publicar, p. 91.

8. Aparición de Cristos: narran la aparición de Cristos, en Aguascalientes por ejemplo la leyenda de El Señor del Encino dio origen a una tradición que rescata la memoria de un acontecimiento religioso, y del cual dependió el desarrollo del actual Barrio de El Encino.

9. Apariciones: relatan apariciones de personajes que en vida dejaron algo sin concluir y regresan como espantos para finiquitar lo que dejaron pendiente, de este tipo de leyenda se podrán leer "El aparecido del Chambargo" y "El espectro del cementerio." Una de las leyendas más divulgadas sobre apariciones es La Llorona.

10. Espantos: hablan de algún personaje que se viste como fantasma para salir por las noches y asustar a la gente hasta que se descubre su verdadera persona y deja de espantar, muestra de ello es "El encapuchado del jardín" de la cual se consiguieron dos versiones en las que el personaje es distinto.

11. Pactos con el diablo: tratan de personajes que para lograr alcanzar un objetivo específico hacen algún pacto con el diablo; unos le piden riquezas, otros conseguir el amor de una mujer y otros más una vida eterna, ejemplos de este tipo de leyendas son "El Caporal Ardilla" y "La China Mulata"

12. Brujas: refieren a mujeres que tienen cierto poder maligno y a ellas se les atribuye ciertos accidentes como en el caso de la bruja Petra que aparece en la leyenda.

13. Antropomórficas: son leyendas explicativas donde los animales, astros y demonios inicialmente eran seres que tenían figura humana pero no eran necesariamente humanos. En Aguascalientes existe La leyenda del Chan del Agua.

Una vez presentada la clasificación para las leyendas de Aguascalientes cabría mencionar que este libro es fruto de una investigación mayor sobre la cultura oral y el patrimonio intangible mexicano, un trabajo académico sin fines de lucro cuyo objetivo es divulgar las leyendas, historias y tradiciones aguascalentenses como parte importante de la cultura e identidad de Aguascalientes. Para alcanzarlo he construido una antología de narraciones populares germinada de la voz y obra de diversos autores y personajes que han desem-

peñado un papel esencial para la divulgación del patrimonio intangible de Aguascalientes.

La lectura de estas leyendas será como un viaje a través de un largo y sinuoso camino que lo transportará a la ciudad de Aguascalientes, a sus calles, edificios, jardines y cerros, además nos revelará una parte importante de la vida cotidiana, de sus creencias, anhelos y aspiraciones de sus habitantes. No dudes que al leerlas puedes ser parte de la leyenda, o con un poco de suerte, toparse con Juan Chávez o la China Hilaria, quizás con algún otro de los protagonistas de las narraciones si es que transita por el lugar y hora indicada. Iniciemos este sorprendente viaje con la leyenda Aguascalientes libre, por el beso de una mujer, escrita por Guadalupe Appendini y que da cuenta de una parte significativa de la historia de Aguascalientes.



Aguascalientes libre, por el beso de una mujer

Guadalupe Appendini⁷

Para realizar este libro sobre leyendas de provincia era necesario iniciar con el Estado de Aguascalientes; no podíamos dejar de publicar una romántica leyenda, basada, como casi todas, en hechos históricos que dieran vida independiente al ahora próspero Estado de Aguascalientes. Esta historia nació gracias a la inventiva del Ingeniero

Elías L. Torres, quien recuperó en un escrito lo que decía el pueblo sobre la Soberanía de Estado, lo cual levantó gran polémica en el pueblo, sobre todo en las recatadas y buenas mujeres de Aguascalientes.

Se cuenta que Doña Luisa Fernández Villa de García Rojas, oriunda de Aguascalientes, hija de Don Diego Fernández Villa, conocido comerciante del lugar, se casó con Don Pedro García Rojas en 1822, su primera

Aguascalientes, libre por el beso de una mujer
21,5 x 27,8 cm

Collage

2016

Humberto Rincón
Castorena

hija doña Francisca nació en 1924. Doña Luisa era una mujer atractiva, caritativa, generosa, que como a todo aguascalentense deseaba que su Estado fuera independiente, y sacudirse del yugo zacatecano para “librarse de la tiranía de los tusos”. Rezaba un incendiario manifiesto de la época, anhelo que no podía cristalizar mediante una revolución, ya que no se podía enfrentar este contra los poderosos enemigos.

Don Pedro García Rojas se distinguía por su prominencia en la política y su riqueza. Respetado y distinguido en el Estado y con enemigos de la liberal política zacatecana.

La ciudad de Aguascalientes fue fundada en 1575, según consta en la cédula de Felipe II, fechada en Madrid el 22 de octubre de ese año, siendo sus fundadores Juan de Montoro, Gerónimo de la Cueva, Alonso Alarcón y otros más, quienes se instalaron en las cercanías de los manantiales de aguas termales.

El crecimiento de la población fue tan rápido, por la bondad de su clima, la exuberancia de su vegetación y la abundancia de las aguas que, treinta y seis años más tarde, el 18 de agosto de 1611, la Real Audiencia de Nueva Galicia la declaró Villa, poniéndole por nombre Villa de Nuestra Señora de la Asunción de Aguascalientes. Durante muchos años siguió dependiendo del Gobierno de Nueva Galicia, hoy Jalisco, y todavía cuando el Conde de Gálvez, Virrey de México, dividió la Nueva España en doce intendencias, siguió perteneciendo a Jalisco.

En 1791, el Gobierno Virreinal, quizá por la gran distancia a que se encontraba Guadalajara, resolvió agregar a la intendencia de Zacatecas lo que hoy es Aguascalientes; con ese motivo surgió un obvio y natural disgusto de los vecinos, el cual se hizo manifiesto por escrito. Hubo súplicas, pasquines y el descontento fue creciendo a medida que el tiempo pasaba, sin que nunca aceptaran semejante cambio, también hubo con frecuencia escándalos y motines que duraron hasta la compleja independencia del Estado. De manera que, desde que Aguascalientes fue agregado a la dependencia de Zacatecas, el más grande anhelo de sus habitantes era independizarse.

Pasaron algunos años y Aguascalientes era un suburbio de Zacatecas, la gente sentía gran encono con los zacatecanos, los que menos culpa tenían en el asunto. El primero de mayo de 1835, Don Antonio López de Santa Anna llegó a la ciudad de Aguascalientes, de paso para Zacatecas. Llevaba un contingente de tres mil hombres, con los cuales iba a someter al orden al turbulento Estado de Zacatecas, que había tenido la audacia de sublevarse. Dice Elías L. Torres que “la causa en el fondo era que las ideas liberales y avanzadas de los zacatecanos no se compadecía con las del gobierno central, que habían impuesto a la República al cojo de Tampico”. La llegada del general Santa Anna a Aguascalientes fue un gran alboroto, el pueblo se puso en movimiento, se adornó la villa y con gran júbilo fue recibido el presidente. Se detuvo una noche y las principales familias del lugar se disputaban el honor de recibir en su casa al invencible guerrero.

La residencia de Don Pedro García Rojas y su esposa Doña María Luisa fue la elegida. Toda la calle de Morelos (según el historiador Alejandro Topete del Valle) fue decorada por guirnaldas de flores y papel de china de colores. Cuenta la leyenda que el día fue

muy ocupado para el general Santa Anna, órdenes para el ejército, recibo de comisiones, conferencias con los principales vecinos, con miembros del clero y de los conventos y toda esa batahola de ir y venir que en torno de los grandes se agita y mueve. Por lo tanto se dieron órdenes estrictas para no permitir más el paso a nadie; había sido un día muy agitado y el general iba a descansar.

Doña María Luisa, que era una gran ama de casa, virtuosa en la cocina y una exquisita dama de abolengo, la que a más de su belleza tenía finos modales, desplegando toda su coquetería recibió al general Antonio López de Santa Anna, con un reverencia.

El invitado ocupaba la cabecera de la mesa, mientras saboreaba un delicioso chocolate y los famosos ladillos, panecillos típicos de Aguascalientes, refería los incidentes de sus gloriosas campañas. Don Pedro escuchaba atento a su izquierda el emocionante relato. Su esposa a la derecha del altivo invitado, clavaba sobre él sus ojos de obsidiana y comentaba las hazañas que este refería con frases de elogio oportuno, o desgranaba dulcemente su sonrisa divina, que era un invencible hechizo de su belleza aguascalentense.

Poco a poco fue rodando la conversación, sabiamente llevada por la dama, hasta conectarla en la situación dolorosa por la que atravesaba Aguascalientes. Así escuchaba Santa Anna de sus labios cómo la ciudad no tenía escuelas, la única que había no contaba con pisos ni bancas para los muchachos, los que recibían escueta educación sentados en el suelo; que la fábrica de tabaco, que era el sostén de centenares de obreros, había sido trasladada a Zacatecas sólo para arruinar la población. Que se le quitaba al Ayuntamiento de Aguascalientes gran parte de lo que recaudaba; que se habían reducido las atribuciones del cabildo, hasta convertirlo en un maniquí del gobierno de Zacatecas. Que eran numerosas las alcabalas que se pagaban, siendo la más bochornosa la acaba de crear sobre los difuntos cuyos deudos tenían que pagar tanto más cuanto por cada muerto como si los compraran. Que, para ejercer venganza, se cateaban con frecuencia las casas de familias honorables, bajo pretexto de contrabando de tabaco, enviando a numerosas personas al presidio de Fresnillo; por último, que durante las fiestas de San Marcos el gobierno de Zacatecas había retirado todas las fuerzas de la Ciudad, exponiéndola a un asalto de los bandidos

que merodeaban por las cercanías de Calvillo, o que los jugadores que acudían de todas partes de la República, se resarcieran de las pérdidas, saqueando la población y de que se habrían librado gracias a que el Ayuntamiento había armado a un centenar de hombres pagados por los vecinos para patrullar las calles de día y de noche.

Cuenta Guadalupe Appendini que, cuando la señora Villa de García Rojas llegaba a esta parte del relato, se abrió la puerta del amplio comedor y un criado anunció que Don Pedro José López de Nava buscaba al señor García Rojas: era urgente. El aludido pidió permiso para salir a la sala un momento, cerró tras de sí la puerta y el ruido de sus pasos se fue perdiendo por el rojo enladrillado del corredor.

—Aguascalientes puede ser independiente—continúa Doña María Luisa, reanudando su conversación—, basta que usted lo quiera, mi General, que en este pueblo todos lo anhelamos, llegaríamos hasta el sacrificio para obtenerlo.

Dejó caer estas últimas palabras con una ternura tan intensa que el árbitro de la República conmovido deslizó su mano sobre el bordado mantel, oprimiendo la fina mano de Doña María Luisa, le dijo, emocionado.

—¿De veras hasta el sacrificio?

La señora de García Rojas se puso de pie violentamente, cerró un poco el entrecejo, como desaprobando el atrevimiento del caudillo. Pero este, sin soltarle la mano y mirándola suplicante, hizo que volviera a brillar en sus labios una sonrisa y sentándose de nuevo contestó:

—Hasta el sacrificio, General.

Santa Anna acercó sus labios sensuales sobre los divinamente bellos de la hermosa dama aguascalentense y dio un beso prolongado y ardiente que interrumpió el ruido de los pasos de Don Pedro que regresaba por el pasillo.

La dama salió al encuentro de su esposo, radiante de alegría y colgándosele del cuello, zalamera y coqueta le dijo:

—¡Perico, por fin Aguascalientes es independiente!

¿Verdad General?

—Verdades—asintió Santa Anna, inclinando la cabeza y besando la mano de la señora García Rojas.

Según cuenta la leyenda, el dictador cumplió su palabra, al día siguiente, 2 de mayo de 1835, fue depuesto el jefe político zacatecano José María Sandoval

y nombrado por el cabildo para sustituirlo Don Pedro García Rojas.

Días después, triunfante, expidió un decreto fechado en México el 23 de mayo de 1835, confirmando la independencia de Aguascalientes, haciéndolo Territorio el 30 de noviembre de 1836. Fue declarado Departamento con la dimensión que ahora tiene el Estado, nombrándose, como era natural, primer gobernador a Don Pedro García Rojas.

Esta romántica y bella historia fue dada a conocer por el ingeniero Elías Torres, mediante un escrito que realizó para entrar a un Concurso de los Juegos Florales que se efectuarían en 1927. Los que no se realizaron; pero la historia la dio a conocer el señor Torres.

Doña María Luisa Villa de García Rojas era una bella mujer distinguida, discreta y virtuosa. Su reputación quedó en entredicho con esta leyenda salida de la mente despierta y fantasiosa de Don Elías L. Torres y el pueblo la recogió como una de las leyendas de Aguascalientes.

Esta interesante historia da sentido a los labios y las cadenas que aparecen en el escudo de Aguascalientes, creado por Bernabé Ballesteros y Alejandro Topete del



Valle en 1946. Representa “una cadena de oro que bordea unos labios que significan la libertad y el surgimiento de Aguascalientes como Estado independiente”.⁸

⁸<http://www.aguascalientes.gob.mx/estado/escudo.aspx>. Consultado el 24 de febrero de 2016.



El Cerro del Muerto

Guadalupe Appendini⁹

Sobre el Cerro del Muerto se han tejido varias leyendas, coincidiendo algunas en este montecillo se aparece un gigante que sale por las noches, recorre la ciudad y regresa, convirtiéndose en el guardián de Aguascalientes.

Otros cuentistas dicen: “que en esa loma se esconden indios chichimecas, negros como capulines, que al despuntar el alba, se dispersan por todo el cerro y en parejas bajan a la ciudad a “pasito indio”, unos llegan hasta el pueblo (en el barrio de San Marcos) otros al barrio de Guadalupe, unos más al del Encino y algunos a la Estación, hacen recuerdos y en la misma forma emprenden el regreso desde el Cerro del Muerto, cuidan la ciudad.

El Cerro del Muerto tiene varias entradas y en las entrañas guarda uno de los más grandes tesoros acumu-

⁹Guadalupe Appendini, op. cit., *Leyendas de Provincia*, pp. 23-25.

lados por los indios de la región. Esto no ha sido explorado, no por negligencia de los gobernantes, sino porque uno de ellos quiso hacerlo y no terminó su gestión por haber sido envenenado. Y por el miedo de correr la misma suerte, de la maldición de los chichimecas, la reserva de oro está encantada, es intocable y se encuentra en el centro de ese mogote resguardada por los nativos.

Pero, ¿cómo se formó el Cerro del Muerto? Esta es otra de las historias que se cuentan y que con gran sabor se van trasmitiendo oralmente.

Se dice que en ese lugar se reunieron los Chichimecas, los Chalcas, y los Nahuatlacas tratando de ponerse de acuerdo para establecerse y de allí salir para diferentes lugares. Entre ellos había tres sacerdotes (uno por cada tribu), los que eran extremadamente altos, fuertes, de aspecto majestuoso e imponente.

Después que deliberaron sobre lo que harían y cuando ya estaba por ocultarse el sol, al sacerdote de la

El Cerro del Muerto
21,5 x 27,8 cm
Tinta china sobre
papel
2016
Alejandra Soria Ávila

tribu chichimeca se le ocurrió bañarse en el charco de agua caliente de la “Cantera”. Después de que se tiró al agua, desapareció.

La Cantera es un manantial de aguas termales en el Estado, según cuenta la leyenda, existen otros de estos charcos, los que fueron sembrados por tribus anteriores, quienes en donde querían sembrar agua, hacían un hoyo, le ponían agua de su guaje y medio “almud” de sal, lo tapaban y al transcurso de tres o cuatro años había un inmenso manantial de aguas sulfurosas, de ahí el nombre de Aguascalientes.

Al aventarse al agua el sacerdote para desaparecer, los Chichimecas esperaron pacientemente que su señor apareciera en otro de los muchos charcos que había. Pero fue inútil, pasaron varios días y el sacerdote no regresaba. Se reunió la tribu preguntándose si acaso fueron los Chalcas; no era posible, habían hecho un pacto y su honor estaba en juego.

Al no regresar el sacerdote en meses, no les quedó duda a los Chichimecas que los Chalcas lo habían matado y, enfurecidos, corrieron a dar aviso a sus compañeros para enfrentarse con sus enemigos. Y así principió una guerra contra los Chalcas, los que no supieron de

qué se trataba, pues sin decirles “agua va” llovieron flechas por todos lados.

Los Chalcas pidieron ayuda a los Nahuatlacas, los que estaban de espectadores con su sacerdote al frente. No sólo no se unieron a ellos, sino que dieron la vuelta alegando que el pleito no era con ellos. Despues de ponerse de acuerdo e indignados por la afrenta, los Chalcas se dispusieron a repeler el ataque y, en los fulgores de la batalla y en lo cruento de la lucha, vieron con sorpresa que se acercaba el sacerdote perdido. Ya no era posible retroceder, sin quererlo, una flecha atravesó el corazón del sacerdote de los Chichimecas, quien gritaba: “¡Deténgase!, sólo fui a sembrar algunos charcos”, pero no fue escuchado.

El sacerdote, tratando de huir, regó con su sangre el camino, la huella del líquido todavía se puede ver en la tierra roja del montecillo. Quiso hablar con su gente, pero no pudo, sin decir palabra cayó muerto y con su cuerpo sepultó a todo el pueblo Chichimeca que lo seguía. Con sus cadáveres se formó el famoso Cerro del Muerto que se encuentra al poniente de la ciudad de Aguascalientes.



Cuenta la tradición que el cuerpo sepultado, está ahí en esa loma y que por un túnel misterioso se puede llegar a socavones ramificados por toda la población. Se cuenta también que algunos arqueólogos han tratado de explorar esa región pero al hacerlo escuchan voces, llantos y lamentos que los han llenado de estupor y han impedido que continúen las excavaciones. Algunos valientes que han querido descifrar el enigma del Cerro del Muerto no pudieron contar lo que vieron por quedar mudos, perder la razón y la vida.

El montecillo no está muerto, tiene vida por dentro, por tener el alma de los Chichimecas; cubierto por el sacerdote gigante que vigila perennemente a la ciudad de Aguascalientes, para que no olvide que los primeros pobladores fueron los Chichimecas, los Chalcas y los Nahuatlacas. ¿Quién en Aguascalientes no disfruta los bellos atardeceres sobre el Cerro del Muerto? Muchos creen que el color rojizo es la sangre derramada por el sacerdote perdido.



Don Esteban Esparza

Guadalupe Appendini¹⁰

Don Esteban Esparza tenía su peluquería en una casa modesta, sobre la calle de las Barberías, hoy Allende, muy cerca del centro comercial el Parián. Era un hombre simpático, con gran sentido del humor y enamorado de su oficio, heredado de su padre.

Tenía en la puerta un letrero muy original “Peluquería. Seraz ura y corta el pelo y saca la muela, se toca guitarra y se aplica la sanguijuela. Todo por el mismo medio” es decir, seis centavos. Al lado de la peluquería había otro cuartito, donde vivían Don Esteban y su esposa que también tenía un letrero: “Var vería, Sea senrisos de pelol impio.” El negocio de ella era vender el pelo que cortaba don Esteban, que según ella servía para llenar almohadas. Con esto ayudaba a su esposo para el gasto diario.

¹⁰ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de Provincia*, pp. 59-60.

Don Esteban Esparza
21,5 x 27,8 cm
Collage
2016
Humberto Rincón
Castorena

Don Esteban, al que siempre se le veía cantando, chiflando o tocando guitarra, recibía a los clientes con una sonrisa y una caravana. En un pequeño pizarrón colgado en la pared tenía diversas tarifas especiales para los viejitos de piel arrugada, según el procedimiento que usara para restirarla. Los procedimientos eran tres: de dedo, de hueso y de infla. Antes de iniciar a hacerle la barba al cliente le preguntaba qué sistema prefería.

En cierta ocasión llegó a la peluquería un cliente, de piel muy quebrada. Al verlo, el señor Esparza le preguntó que con cuál de los tres procedimientos quería que lo afeitara. El cliente sorprendido le contesta:

—A ver, maistro, barájemela más despacio, explíqueme en qué consisten esos tres procedimientos, que no entiendo ni iota.

Don Esteban, clavándole la mirada y tratando de hacerse simpático, le dice:

—Pues mire usted, de dedo, es que usted abra tamaña boca y yo meta el dedo para restirarle la mejilla, de adentro hacia fuera y poder descañonar. De hueso, que se meta usted en la boca este hueso de mamey y así pueda yo trabajar. O de infla, que usted aspire mucho aire y cerrando la boca lo conserve para tener los mofletes inflados y para rasurar a mis anchas.

Y el señor Rafael Arellano —que así se llamaba el cliente—, le dijo:

—Ahora sí ya le entendí, rasúreme usted de infla, creo que es lo más fácil.

El maestro sacó su viejísima brocha y una tejita de jabón corriente, escupió sobre ésta y empezó a frotarla con la brocha para sacar espuma.

Horrorizado el señor Arellano, le dijo:

—No sea usted tan sucio. ¿Por qué va a rasurarme con saliva? —tirando al suelo la manta que le había colgado en el cuello.

—Újule, qué delicado —le dijo el peluquero agachándose a recoger el trapo que le servía de barbero.

—Si esto lo hago con usted es porque es la primera vez que viene a mi peluquería y lo quiero hacer cliente; si

fuerza de confianza lo escupía en la cara y después le untaba jabón ¡Mal agradecido!

El señor Arellano, viéndolo como si lo quisiera fulminar con la mirada, se bajó del sillón, se puso el saco y con gran disgusto salió de la peluquería de Don Esteban Esparza, jurando no volver a pasar, ni por enfrente.

Iba renegando y hablando entre dientes:

—¡Aquí sí me fue de la China Hilaria!

A todo el mundo le platicó lo ocurrido y esta anécdota que le ocurrió a Rafael Arellano pronto fue conocida en toda la ciudad, hasta que ahora se cuenta como una divertida leyenda.



Chicha Gómez

Alfonso Montañez¹¹

Chicha Gómez era una niña morena, coquetona y agradiciada, que nunca dejaba de tener siete u ocho novios y con todos loqueaba; su padre, Don Urbano Gómez, propietario de la principal panadería de Aguascalientes, quiso corregir su defecto, pero por atender a las labores de su amasijo no podía vigilarla y ella gozaba de lo lindo.

Una noche que ella estaba en la reja con Jesús Cruz, que era el de turno, la sorprendió su irascible padre. Al notar que se acercaba, despidió rápidamente a Jesús y, creyendo que no había sido vista, cogió una guitarra y se puso a cantar alegremente, como si estuviera sola, una canción de aquella época que decía:

¹¹ Alfonso Montañez, "Leyendas, tradiciones y hablillas" en: Antonio Acevedo Escobedo, *op. cit.*, *Letras sobre Aguascalientes*, pp. 327-328.

Soy como la golondrina...

Pero su padre, con modales que por poco urbanos, no hacían honor a su nombre, al tiempo que le arreaba una fuerte paliza, le contestó en el mismo tono de la canción:

Serás como la tiznada...

Expresión que corrió luego por todas partes en alas de la celebridad y sirvió para que todos la usaran literalmente cuando querían demostrar a alguien su disgusto o en términos no tan plebeyos como éste:

Eres como Chicha Gómez...

Hasta la fecha perdura esta habladilla.

Las Señoritas Islas

Luis Augusto Kegel¹²

En la que fue Calle del Obrero y en la cuadra siguiente, al centro de las cuatro esquinas en que se encontraba la fuente del mismo nombre, está la casa que por muchos años ocupó la familia Islas. Cuando yo la conocí, que debe haber sido antes del baile del Centenario, es decir, antes de 1910, cuando era un chavalillo, ellas, las tres hermanas, de buena edad, más para allá que para acá, pasaban ahí sus días de una soltería llena de miopías y enfermedades propias de la edad. Concepción, Marianita y Pepa eran sus nombres.

Salían a la calle, de compras al centro de la Ciudad, recorrían las tiendas con pasitos coquetos y espaciosos, metiendo la cabeza en cada aparador de interés, bajando los párpados para mejor ver, debido a su miopía aguda. Iban por la calle como tres flores agotadas en el florero

¹² Luis Augusto Kegel, "Las Señoritas Islas", en: José Aguilar Reyes, compilador, *op. cit.*, 35 *Leyendas de mi Provincia*, México.

de la espera, pero que aún con esfuerzo intenso trataron de colorear sus pétalos.

Miopes, sumergidas en la penumbra de sus habitaciones, mostraban chapas rojizas, color solferino de papel de china. Los tacones altos, el paso muy corto, más bien parecía que brincaban. Los peinados, descuidados, enredados, de mucho bullo; los rellenos del "Pompadour" que se usaba entonces y que hoy ha hecho de nuevo su aparición, eran un peso más y un problema para la limpieza, el aseo personal y el equilibrio.

Era de verse y se sabía que las señoritas Islas, tres tristes magnolias, eran tres espejos de bondad y tres actitudes curiosísimas ante la vida. Eso sí, todas querían casarse y procuraban componerse, acicalarse, vestirse de gala. Una tras otra, por las calles de Dios en lugares difíciles—atravesar calles que antes eran vías de trenes eléctricos— se apelotonaban para presentar un sólo objetivo, apretujadas una contra otra, miedosas, como una piña de ovejas desamparadas: Marianita, Conchita y Pepa.

Dedicadas a las labores domésticas, hacían uvate y aún les quedaba tiempo para otras actividades. Pepa, con su chongo enorme y Conchita, enamorada, perpetua de quién sabe qué doncel que nunca llegó. Las habitaciones, por encima de la manada de gatos, tenían en su casa una verdadera mesa y cama, brincaban desde el copete de los roperos enormes a la cabecera y de ahí a la ventana con un maullido quejumbroso de felinos consentidos. Las habitaciones oscuras, de puertas y ventanas entre cerradas y el olor de los desechos de los gatos, presentaban un cuadro desagradable de excentricidades y rarezas.

En el patio de la casa, lleno de sol, crecían formando un emparrado pleno de colorido unas vides, que en su tiempo sustentaban hermosos racimos que iban madurando sin que fueran tocados por nadie. De vez en cuando, un gato que brincaba hasta la cúspide se paseaba por los ramazones, olímpico y perezoso, para dormir recostado entre los racimos y la frescura de las hojas.

Las tres hermanas vivían de pequeñas rentas de casa y de la manufactura de dulces, que como el uvate adquirieron gran fama; los vendían con estimación a personas de fuera de la localidad, que al llegar a Aguascalientes preguntaban por los deshilados, el uvate, las

correosas o charamuscas del Parián. Una vez, una de las tres hermanas se sintió fascinada por un peinado que vio en una amiga o en un maniquí dentro de un aparador quizás y no descansó hasta que la peinaron así exactamente. Todavía dos o tres años después que con el crecimiento del pelo que nunca llegó a limpiarse, un montón de pelo enmarañado, recuerdo de aquel peinado excepcional, así como una de las medias muy finas que compró el mismo día, desde que se las puso no se las quitó, hasta que tuvieron que arrancárselas a pedazos un año después y esto debido a que le provocaron en la rodilla una llaga. Y todo esto, ¿por qué? Muy sencillo, había surgido un pretendiente, un aspirante a novio y por lo tanto a marido.

Nunca se casaron. Fueron muriendo una después de otra, a edades avanzadas hasta extinguirse como *Las Vírgenes de las Rocas*, de Gabriel D' Anunzio, soñadoras, optimistas sin quejarse de que el destino no les deparó fundar una familia.

Hoy no vive ninguna, pero cuando los aguascalentenses de antaño pasan por la Calle Obrero, se detienen frente a la casa de las Islas para dedicarles algún recuerdo.

BANDOLEROS

En Aguascalientes han existido diversos personajes que siguen vigentes en la memoria del pueblo; tal es el caso de Juan Chávez. Gran parte de los aguascalentenses lo recuerda por los relatos trasmítidos de generación en generación, también por corridos y leyendas en torno a sus fechorías para unos y hazañas para otros.

La vida de Juan Chávez transcurrió en el Aguascalientes del siglo XIX, conformado entonces por 37 haciendas, en su mayoría situadas en el Partido de la capital y otras en Rincón de Romos. Las haciendas concentraban buena parte de la población. En las más grandes e importantes, la vida de sus habitantes se organizaba igual que un pueblo o una villa; había iglesia, herrería, molino, tienda de raya, fragua y carpintería. En algunas, la voz del amo era la ley por encima de las autoridades políticas. Los sistemas de trabajo eran, por lo general, la mediería, el arrendamiento y el peonaje; las tierras eran propiedad del patrón y para él se trabajaban las mejores tierras que disponían de agua, a los arrendadores se les dejaban las restantes. A los medieros se dejaban las tierras abiertas al cultivo que contaban regularmente con agua pero que por alguna razón no entraban en los planes del patrón.



Juan Chávez

28 x 21,5 cm

Grabado en goma sobre papel

2016

David Hidalgo

Juan Chávez

Guadalupe Appendini¹³

Hablando de Aguascalientes, no se puede dejar de recordar a Juan Chávez. Para los liberales un bandido y para los conservadores un paladín. El hecho es que para el pueblo era un temido matón que con sus hazañas horrorizaba a la gente, convirtiéndose después en un hombre de leyenda que pasó a la historia.

Este personaje nació en la hacienda de Peñuelas en 1831, siendo hijo natural de Don Juan Dávalos, un hombre rico y muy conocido en el Estado por ser uno de los grandes conservadores militantes, que no sólo estaba con la causa sino que ayudaba económicamente a su partido.

Su madre era una humilde campesina llamada Ignacia Chávez, hija del peón de una finca, la que no era de mal ver, siendo este muchacho producto de una traviesura de Don Juan Dávalos.

¹³ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de Provincia*, pp. 11-14.

Desde joven tuvo conciencia de que su padre era Juan Dávalos, que aunque nunca reconoció, respetaba su nombre, no obstante su madre le dio su propio apellido: Chávez. Juan Chávez no sólo heredó el físico de su padre, hombre alto, de ojos claros, erguido, de gran personalidad aunque moreno y mirada de maldito como su madre, de convicciones conservadoras.

Aunque Juan Chávez no tuvo estudios, tenía una inteligencia natural y una intuición que alternaba con quien se le ponía enfrente, dando verdadera cátedra en cualquier tema. Abrazó la causa conservadora y sus hazañas en toda nuestra región durante las guerras de Reforma y el Segundo Imperio (1857 a 1869). Lo convirtieron en el personaje de leyenda que perdura hasta nuestros días. Era un hombre valiente, atravesado y reconocido por ser intrépido y decidido. Se cuenta que el Emperador

Fernando Maximiliano de Habsburgo mandó regalarle una espada en reconocimiento a su valor.

Él sustituyó a Don José María Chávez al nombrarlo como Prefecto Político de Aguascalientes, encargado interino de los mandos políticos y militares del Estado en diciembre de 1863, el Mariscal Bazaine, comandante General del Ejército Francés, del Partido Conservador.

Al triunfo del liberalismo, Juan Chávez fue perseguido por los vencedores. El hombre, ya casado con Doña Petra Ávila, se convirtió en un delincuente que andaba a salto de mata para tratar de conservar su vida.

El día 12 de febrero de 1869 empezó a ser ferozmente perseguido por los liberales. Después de tres días de una carrera constante llegó al Monte de San Sebastián; agotado, se recostó a descansar un rato y al quedar dormido, fue asesinado por dos de sus asistentes que le clavaron dos lanzas crucificándolo en el suelo. Era el día 15 de febrero de 1869, entre las 22 y 23 horas. Así murió Juan Chávez, a la edad de 38 años.

Cuenta la leyenda que Juan Chávez fue uno de los más famosos bandidos del Estado de Aguascalientes, que en contraposición a “Chucho el Roto” que robaba para los pobres, Juan Chávez robaba para los ricos, los conservadores de la región que estaban contra los liberales.

Los liberales le temían por desalmado, sin distinguir pelo ni color los despojaba de sus pertenencias y con el pretexto de que era para la causa de los conservadores, comenzó a amasar una fortuna, la que no repartía con sus secuaces, sino que la iba acumulando. Sus “achichincles” le ayudaban a extorsionar a sus víctimas; reunían los valores y los entregaban al jefe, quien sin que se supiera cómo ni dónde, los escondía.

Juan Chávez y sus ayudantes se volvieron una amenaza, no sólo para la capital, sino para todo el Estado; si alguien decía en broma “Ahí viene Juan Chávez”, la gente corría como ratones a esconderse hasta debajo de la cama. Dicen las leyendas que en una reunión, las mujeres hasta se tragaban las alhajas cuando se decía que esta amenaza iba a entrar.

También había en Aguascalientes hombres bragados, que con pistola en mano seguían a Juan Chávez y a su palomilla para tratar de matarlos. Pero éstos, ni tardados ni perezosos, se metían a los túneles donde se hacían “ojos de hormiga”.

Dice la historia que Aguascalientes era llamada “La Ciudad Hueca”, porque hace muchos años nuestros indígenas hicieron un enorme túnel con ramificaciones,

—se sabe que desde el templo de San Diego hasta el templo de San Marcos, los túneles iban a dar a iglesias como la de Guadalupe, el Encino, la Purísima y otras— para defenderse de los Apaches y Comanches que venían del Norte del país a robarse a sus mujeres, ahí las escondían y por diferentes lados salían a contraatacar. Es por eso que muchas casas en la capital del Estado se hundían; nadie sabía el motivo, pero ahora se los estamos contando.

En ese túnel se escondían Juan Chávez y sus ayudantes; cuando pasaba el peligro salían por otro lado para burlar a sus perseguidores, que desconocían los secretos subterráneos. Así robaba Juan Chávez, por la noche se desaparecía de sus compañeros y nadie sabía dónde escondía el tesoro. La única que sabía del escondite en el Cerro de los Gallos era su mujer, Doña Petra Ávila.

Cuentan que, en una ocasión, un conocido de Juan Chávez lo fue siguiendo sin que se diera cuenta; era un hombre de a caballo, que se llamaba Liborio Estevanés. Sabía que este amigo de lo ajeno reunió una gran fortuna que tenía enterrada y que sólo él sabía el sitio de su escondite. Desde lejos lo fue siguiendo y una vez que se había adentrado al corazón del cerro, le dijo a su yegua “La Concha”.

—Ora si Conchita, no haga ruido que vamos a robar a este bandido. Ladrón que roba a ladrón...

Juan Chávez sintió temblar la tierra; como descuidado volteó de reojo y sin bajarse de su caballo “El Gante” comenzó a seguir a Liborio. Fue una emocionante carrera, a sus cabalgaduras nomás les volaban crines; hombres y caballos llegaron hasta la plaza de armas. “La Concha” reventó y Liborio se sacó tal paliza, que por mucho tiempo dejó de caminar. Y el tesoro escondido en el Cerro de los Gallos siguió acumulándose por otro tiempo.

En una ocasión Juan Chávez le dijo a sus asistentes que el día que decidieran dejar de robar, haría repartición del tesoro; pero ese día, nunca llegó.

No solamente el pueblo de Aguascalientes le temía a este ladrón, sus mismos compañeros desconfiaban y después de la última hazaña y por burlarse de sus ayudantes, en venganza lo “alfiletearon” con sus dagas dándole muerte.

Cuentan que sus asistentes, después de matarlo, se dirigieron al Cerro de los Gallos, lo recorrieron de punta a punta, centímetro a centímetro, pero nunca dieron con el escondite. Su propia mujer, acompañada de otros parientes hizo lo mismo, renegando de él por no haber

dicho el secreto, tampoco encontró el fabuloso tesoro que Juan Chávez había acumulado.

Han pasado ciento veinte años y aún no se ha encontrado el escondite del famoso ladrón de Aguascalientes. Guardó el producto que extrajo a los liberales, a políticos y hasta conservadores de la región, en su afán de ser el hombre más rico del Estado convirtiéndose en el más poderoso del cementerio.

También cuenta la leyenda que Juan Chávez, en el fondo tenía algo de “Señor”, de la sangre de su padre, protegió a su medio hermano, Rumualdo Dávalos, al que auxilió con mucho dinero para que pusiera “La Primavera”, una casa de juego con palenque, ruleta, gallos, albures, etcétera, en una enorme casa enfrente del Jardín de San Marcos (en donde estuvo el Colegio Portugal). Casa que después fue de la familia De la Peña y más tarde de los Otálora.

En esto se fue parte de la fortuna de Juan Chávez, pero la mayoría sigue enterrada en el Cerro de los Gallos. Aunque mucha gente se atreve a decir que esto le dijo a su señora, seguramente el tesoro está en alguno de los túneles que pasan por debajo de la ciudad y le dijo que estaba en el Cerro de los Gallos para despis-

tarla. Lo cierto es que a las personas que no les gusta trabajar siguen buscando el tesoro de Juan Chávez.

Juan Chávez: héroe de leyenda

El bandolerismo en todo tiempo ha sido un problema social que ha tenido que padecer la humanidad; no es característica de un tiempo o una sociedad concreta. El contexto social en que surge Juan Chávez fue posterior a la finalizada Guerra de los Tres Años entre liberales y conservadores. El caso de este personaje no fue un fenómeno aislado ni tampoco producto de la casualidad. Lo que aquí se dio fue un caso que suele aparecer en sociedades agrícolas, alimentándose principalmente de núcleos campesinos que participaban de la inconformidad social y la pobreza, al mismo tiempo de falta de empleos e inadecuación de las leyes vigentes del siglo XIX.

Apodado “el ídolo de las beatas” por la prensa liberal, Juan Chávez nace en los primeros años de la década de 1830, en la hacienda de Peñuelas que está a unos cuantos kilómetros de la ciudad de Aguascalien-

tes. Sobre su vida no se supo nada hasta que se dedicó al bandolerismo; se cree que fue hijo natural de Ignacia Chávez y Juan Dávalos que era el dueño de la hacienda de Peñuelas.

El que Juan Chávez iniciara como bandolero no es obra de la casualidad, fue producto de las circunstancias ya que la vida de los campesinos en aquellos años fue marginal, así que optar por el bandolerismo no había gran distancia. Comenzó cuando aún no cumplía los 30 años de edad, llegó a ser el más notable de los bandidos o “gavillero” de Aguascalientes en la década de los setenta. Se supo que su fama comenzó a correr durante la Guerra de Reforma; en el año de 1860 se escucharon sus primeros asaltos en los límites de Aguascalientes con Zacatecas y San Luis Potosí, el gobierno se vio obligado a desmontar ciertos parajes para perseguirlo sin éxito.

Los bandoleros en esos años constituían un apoyo a las fuerzas armadas en la lucha entre liberales y conservadores; ello se vio reflejado a principios de 1862, cuando cambió la respuesta del gobierno conservador ante las actividades delictivas de Juan Chávez, quien solicitaba una amnistía a cambio de permanecer pacíficamente y prestar sus servicios en la guerra extranjera

que amenaza la República¹⁴; el gobierno aceptó y para marzo del mismo año Juan Chávez se convirtió en un caza bandidos. En un comunicado de septiembre del mismo año el Supremo Gobierno del Estado le nombraba Comandante y le ordenó que juntara hombres para que explorara el Cerro del Gallo y todos los lugares donde se pudieran esconder los bandidos; esto no duró mucho ya que Juan Chávez volvió a las andadas, saqueando y quemando parte del archivo municipal.

En el año de 1863 Juan Chávez se unió a las tropas de los conservadores y franceses; durante los meses de febrero y marzo se dedicaron a planear la toma de la ciudad; objetivo que lograron en abril de una manera cruenta, ya que saquearon y quemaron gran parte de las tiendas del Parián y muchas casas de la Ciudad. Fue la fechoría más atroz que Juan Chávez cometió. Agustín R. González, miembro político que formaba parte del Partido liberal en aquellos años escribió:

¹⁴ “D. Juan Chávez se ha acogido á la gracia de amnistía concedida por la ley general del 29 de Noviembre del año próximo pasado. El Gobierno del Estado [...] ha pasado al Ministerio respectivo la solicitud del expresado Chávez. En ella ofrece el agraciado permanecer pacíficamente en el hogar doméstico y prestar sus servicios a la guerra extranjera que amenaza á la República, porque (son sus palabras) es mexicano antes que partidario.” En el periódico: *El Porvenir, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo II, Número 71, Aguascalientes, febrero 6 de 1862.

Los facinerosos saqueaban e incendiaban al grito de ¡Viva la Religión! La mayor parte de las tiendas del Parián fueron completamente robadas a la luz del incendio, desapareciendo así grandes y modestos capitales. [...] El gobierno sólo podía defender la parte muy pequeña de la ciudad encerrada dentro de las fortificaciones, ayudado por algunos vecinos.¹⁵

Sobre ese hecho, la prensa oficial publicó un mensaje de José María Chávez, gobernador y comandante militar del estado de Aguascalientes, a las tropas de su mando donde menciona:

¡Soldados! Habéis merecido bien de la patria. Ni el número, ni la arrogancia de los traidores que acaudillan Larrúmbide y Chávez, infundieron miedo en vuestras almas heroicas. La prolongada y porfiada lucha que habéis sostenido contra esos bandoleros, forma un timbre más de gloria en vuestra carrera militar, que ayer y hoy habéis sostenido con el brillo propio de los soldados de Aguascalientes. Los bandidos han huido a pesar de ser cuatro veces más que vosotros, porque conocieron vuestro denuedo, vuestro valor y vuestro amor a la libertad.¹⁶

¹⁵ Agustín R. González, *Historia del Estado de Aguascalientes*, 1^a Edición 1881, México, Instituto Cultural de Aguascalientes – Gobierno del Estado de Aguascalientes, 4^a Edición 1992, p. 279.

¹⁶ *La Revista, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo I, Número 26, Aguascalientes, abril 16 de 1863.

Juan Chávez continuó su actividad de bandolero en Aguascalientes así como en algunas zonas de los Estados de Jalisco y Zacatecas; al mismo tiempo, en Aguascalientes seguía la lucha entre los liberales por quitar del poder a los conservadores. En noviembre de 1863 Larrúmbide junto con Chávez y una gavilla como de seiscientos hombres volvieron a atacar, sólo que esta vez el gobernador liberal José María Chávez, apoyado por el pueblo y varios empleados y funcionarios de gobierno, logró poner en fuga a los bandidos. La prensa oficial, al tanto de los acontecimientos, informaba:

Los bandidos han atacado a esta ciudad por espacio de setenta y dos horas, desde las once de la mañana del día 11 hasta las once de la mañana del día 14, hora en que se pusieron en precipitada fuga por los ciudadanos armados que han contribuido á la defensa de la ciudad. [...] A las diez de la mañana del día 14 se mandó á dar un repique a vuelo en todos los templos y vitorear a la libertad y la independencia, vista la impotencia y ridícula tentativa de los bandoleros, y éstos, alarmados por tal manifestación y por la salida simultánea de muchos particulares y soldados, se desmoralizaron retirándose en distintas direcciones en el mayor desorden.¹⁷

¹⁷ *La Revista, Periódico oficial del Gobierno del Estado*, Tomo I, Número 88, Aguascalientes, noviembre 19 de 1863.

La huida de Juan Chávez y las tropas conservadoras no duró mucho tiempo ya que regresaron decididos a tomar la ciudad, así fue como Aguascalientes fue ocupada por el ejército francés, que se la entregó al general Aquiles Bazaine el 21 de diciembre de 1863. Él la ocupó junto con Juan Chávez que tenía el cargo de Coronel Auxiliar del ejército intervencionista. Cuando Bazaine se retiró de la ciudad dejó a Juan Chávez como Gobernador del Estado, cargo que ocupó del 21 de diciembre de 1863 a los últimos días de febrero de 1864, debido a que en esos días regresaron nuevamente los franceses a la ciudad para quitarle el cargo del mando como jefe político y militar a Juan Chávez.¹⁸

¹⁸ Para ahondar un poco más ver: *Archivalia: Juan Chávez*, Año I # 2, Octubre 1994, Publicación Bimestral del Archivo Histórico, Gobierno del estado de Aguascalientes.

Aunque Juan Chávez siguió cooperando con el ejército francés durante los años del imperio de Maximiliano, al poco tiempo se le fue relegando de todo puesto político. Finalmente regresó a la vida de bandolero y para el año de 1868 el entonces Gobernador de Aguascalientes, Jesús Gómez Portugal, ordenó perseguir a Juan Chávez.

Juan Chávez no murió a manos de la justicia, sino que fue asesinado por dos de sus compañeros que se habían puesto de acuerdo para vengarse de ciertas ofensas. Para ello los asesinos aprovecharon el cansancio que llevaba su jefe, después de tres días de no dormir y al caer en profundo sueño, lo clavarón materialmente contra el suelo donde dormía, traspasándolo con dos lanzas; eso ocurrió el 15 de febrero de 1869.



*Fatalidad en la calle del
águila*
21,5 x 28 cm
Linografía
2016
Pedro de David Salas
Muñoz

¹⁹ Alfonso Montañez, "Leyendas, tradiciones y hablillas" en: Antonio Acevedo Escobedo, *op. cit.*, *Letras sobre Aguascalientes*, pp. 332-333.

Calle de la Lagunita

Alfonso Montañez¹⁹

Según crónicas antiguallas, un grupo de inditos concurría todas las tardes a hacer prácticas de ejercicio al tiro con sus flechas en el lugar de una lagunita que se había formado con agua sobrante destinada al riego de las huertas. Ellos se encontraban al final de la Calle de Santa Bárbara, hoy Emiliano Zapata.

Cierto día vieron una enorme serpiente verde que se arrastraba por la orilla de la lagunita y se propusieron matarla con sus flechas. Pasaban los días y no podían acertarle.

El primer sacerdote del Templo del Pueblito tenía la costumbre de ir a la lagunita a rezar el Oficio Divino; se encontraban los indios a la misma hora en la tarea de acertar un tiro a aquella enorme serpiente que se arrastraba por la orilla, donde permanecía inmóvil el sacerdote

y sucedió que habiendo desviado una de las flechas que arrojaban con fuerza los hombres, hirió al padre, quien cayó repentinamente a la orilla y cerca del monstruo aquel. Los indios corrieron al sitio para darle auxilio y al acercarse, el animal los atacó en tal forma sin separarse del cuerpo del sacerdote y fue tan abundante la cantidad de líquido venenoso que arrojó, que la lagunita se inundó como nunca. Con sus olas bañó al sacerdote, quedando sano de la herida. Los indios lo condujeron a su casa, pidieron perdón; él los bendijo y se fueron en paz.

Dicen que después de aquel suceso el agua de la lagunita quedó tan limpia y pura que daba gusto a las mujeres ir a lavar sus ropas, ya que quedaban muy blancas y perfumadas.

De aquí el nombre de la calle de la Lagunita. Con los años desapareció; se construyeron fincas a un lado y a otro y se formó la prolongación de la calle de Santa Bárbara, hoy Emiliano Zapata.

Calle de las Ánimas

Alfonso Montañez²⁰

Una viejecita chupa y chupa con sus labios rosas, un pobre anciano al arrimo de la lumbre y cuidando la olla. El joven piensa en el sitio en que su abuelo duerme; de pronto el corazón le palpita y se levanta temblando cual si fuere la hora final de su existencia. Llora un momento, luego se arrodilla, suenan las ocho de la noche y reza, "Padre nuestro que estás en los cielos" y el anciano seguía, "hágase tu voluntad así en la tierra como en los cielos", los tres rezaron a una voz y al finalizar cantaron el Alabado.

A la misma hora los pocos vecinos hacían lo mismo, la oscuridad de la calle imponía, las estrellas brillaban y un tecolote cantaba pavoroso, pasa la hora. Llega el

²⁰ Alfonso Montañez, "Calle de las Animas", en: José Aguilar Reyes, compilador, *op. cit.*, 35 Leyendas de mi Provincia. Ver también: Alfonso Montañez, "Calle de las Ánimas" en: Mascarón, Para que los sepa... Leyendas de Aguascalientes I, Aguascalientes, Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes-Gobierno del Estado de Aguascalientes, Año IV, Núm. 48, octubre de 1997.

momento de la cena, después se duermen arrimados y sueñan cual niños en la aparición de las ánimas que volvían del panteón pidiendo sufragios.

Al día siguiente iban nuestros personajes por la mañana a practicar el rito de sus antepasados, que consistía en barrer las tumbas, así como la ofrenda, que se componía de distintos comestibles, como los condones, la calabaza y el camote con la miel de abejas, y que de acuerdo al rito, si era el deudo niño, niña, joven o anciano, alegre, hurao o activo, si tenía familia, así sería quien repartía la ofrenda mayor al primero de los asistentes que caracterizaba al desaparecido.

Volviendo a nuestros actores de la leyenda, pasados los años, enfermó el joven, sus padres hacían mil esfuerzos para salvarlo de la muerte, pero la llama de la fiebre quemó sus venas y acabó con aquella vida en flor.

Sus padres, inconsolables por el sufrimiento que causara la muerte de su hijo, pasaron a la otra vida, y

cuentan los vecinos que entre todas las almas, que volvían del panteón al punto de las ocho a pedir oraciones y el barrido de sus tumbas, conocían entre todas, las de nuestros personajes que insistían con sus ruegos al respeto de la hora que debía guardarse.

El toque de las ánimas llamaba a la idea de la muerte y excitaba al amor a la vida y a bajar los ojos hacia el puño de cenizas de los muertos, pensar en un miserable sepulcro y cincelar un relicario.

Esta es la Calle de las Ánimas, hoy Gómez Farías, por donde regresaban lentamente en marcha fúnebre aquellos cuerpos de ojos ausentes, de manos huesosas y pies ya enjutos, llenando de pavor a todos los vivientes de aquella calle y dejando el recuerdo que le dio su nombre.





La Calle del Loco Tavárez

Alfonso Montañez²¹

Nos cuentan, viejecitas de cabello blanco, que suspiran muy hondo por los tiempos que se fueron, que había un hombre fuerte y robusto que siempre ceñía un gran cuchillo, escondido bajo su faja azul. Recorría la calle donde vivía, la Calle del Águila, en el Barrio del Encino. Los poquísimos vecinos que moraban en aquella calle con paupérrimos jacales y con tapias viejas, se sentían sobrecogidos de un miedo terrible por la presencia de este hombre, que raudos trepaban las higueras de sus huertos hasta que el hombre desaparecía. Así cada luna llena, como si la viajera de la noche fuera cómplice de sus nocturnas correrías.

Retrocedamos al mes de octubre, del año de 1870. Nuestro hombre, súbitamente enfermó de alguna gra-

²¹ Alfonso Montañez, "La Calle del Loco Tavárez", en: José Aguilar Reyes, compilador, *op. cit.*, 35 Leyendas de mi Provincia.

vedad y a pesar de su estado de postración se levantó del jergón en que yacía preso de agudas convulsiones. Salir a la calle y recorrerla en todas direcciones, fue cuestión de segundos y como si se sintiera poseído o arrebatado por Satanás rayaba las paredes con su cuchillo, tocaba fuertemente la puerta de su casa, hasta que el espasmo de demencia lo postraba.

Por aquellos días, al filo de la media noche, bien antes de despuntar la aurora, "el Loco Tavárez, nombre con que la gente lo bautizó, repetía sus extravagancias de rayar las paredes y tocar su puerta, hasta que quiso el destino convertirlo en asesino, pues en una de aquellas madrugadas, por el rumbo de la Calle Josefa Ortiz de Domínguez, penetró un confiado arriero, que ajeno al peligro que le acechaba, se aventuró calle adentro. Al verlo, el Loco Tavárez, arremetió contra él con su cuchillo, lo hundió hasta la empuñadura, fue cosa de un

instante. La justicia inquirió, formuló hipótesis sobre el probable asesino, pero el suceso quedó en el misterio.

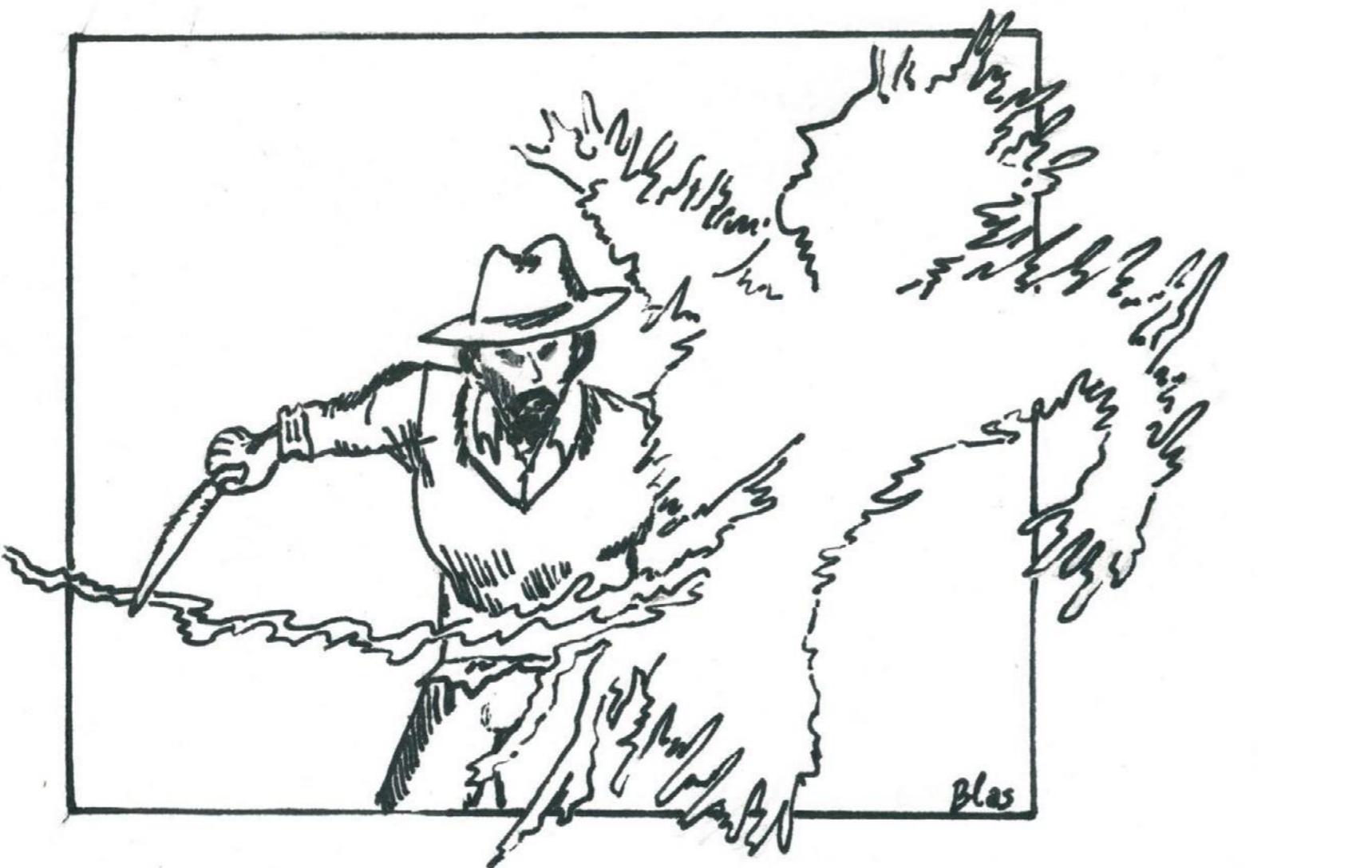
Tiempo después enfermó nuevamente, pero en esta ocasión no pudo repetir sus hazañas; la muerte lo acechaba desde la cabecera de su jergón, impidiéndole moverse. Murió al fin, tristes y abandonados quedaron sus despojos, como todo lo que inspira horror, sin alguien que derramara una lágrima o aventurara un concepto pequeño de commiseración.

Sus restos fueron a parar a la fosa común, pero cuentan viejitas de cabello blanco y de mirada marchita, que

su espíritu vagó mucho tiempo por la calle donde vivía. Aparecía a la media noche, se oía perfectamente el ruido característico del cuchillo con que rayaba las paredes y los golpes tan fuertes que propinaba a su puerta, y los vecinos sobrecogidos de espanto arrebujaban en sus jergones para no oír y santiguábanse las mujeres, hasta que las primeras campanadas del alba ahuyentaran la visión. Los vecinos bautizaron esa calle con el nombre “Calle del Loco Tavárez”, hoy calle del Águila, en el Barrio de Triana.



Colección de cuchillos
21,5 x 28 cm
Linografía
2016
Pedro de David Salas
Muñoz



La Calle de la Soledad

Alfonso Montañez²²

Más que tradición, una leyenda es un regalo de otros tiempos, en la que nuestros antepasados nos dejaron escritos y relatos con sencillez generosa, desprendimiento y minuciosidad, y que con el correr de los años quienes sienten un amor profundo por el terreno, hoy gozan.

Qué hermoso es recordar aquellos tiempos en que se soñaba encontrarse allá por Garita de Zacatecas, con aquellos traviesos duendes que hacían en todas las casas que las ollas de la comida volaran hasta la calle, por los pirules con los temerosos gigantes envueltos en mantas multicolores que daban miedo, o por la Barranca con Nicha Bárbara arreando sus tres pares de pollinos cargados de leña y que por la madrugada sorprendía a

²² Alfonso Montañez, "La Calle de la Soledad", en: José Aguilar Reyes, compilador, *op. cit.*, 35 Leyendas de mi Provincia. Ver también: Alfonso Montañez, "La Calle de la Soledad" en: Mascarón, Para que los sepa... Leyendas de Aguascalientes II, Aguascalientes, Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes-Gobierno del Estado de Aguascalientes, Año V, Núm. 51, enero de 1998.

los caminantes, que cuando le preguntaban por su domicilio ella con gracia les decía, "Ya llegando al jardín nomás preguntan por las Barbas del Señor del Encino y en donde quiera les dan razón".

Vamos pues a escuchar lo que relatan dos individuos que amaron con fervor esta hospitalaria tierra de Aguascalientes. Escuchemos atentamente la leyenda de la Calle de la Soledad, con un café negro y espiritualmente trasportémonos acompañados de nuestros dos hombres a la calle donde sólo era sitio para los malhechores, donde se ponían cita a desafío los valientes del Barrio de Guadalupe y el Encino.

Nuestros dos hombres en cierta ocasión, después de un consejo íntimo, se decidieron a correr sus aventuras, como estaban acostumbrados, por los suburbios del poblado que era su mayor solaz y preparando sus cuchillos agudos como lancetas, se los colocaban bajo la faja; tomaron sus cobijas y las revolvieron en el brazo como

si fuera un escudo para defenderse; serían las seis de la tarde del mes de julio cuando salieron por la calle Leona Vicario, tomaron Josefa Ortiz de Domínguez, llegaron al Llanito Plazuela de San Juan, hoy Jardín “Luis Moya” y entraron a la Soledad, donde era sólo una hilera de mezquites por uno y otro lado. Allá lejos se encontraba la única casucha de adobe casi derruida, entre la sombra vieron un hombre que se asomaba en actitud de acecho. Allí vivía aquel hombre solo luchando contra el hambre, contra los hombres, contra la naturaleza y más aún, contra su conciencia, sin atreverse a presentarse a la justicia porque ésta lo encerraría toda su vida.

Ahí vivía como un salvaje, nunca había llegado a su boca otro sabor que el de la sangre ni a sus oídos otro ruido que el de blasfemias; entre las sombras de los mezquites ya casi obscureció, aquel hombre encaminado al encuentro se acercó con cuchillo en mano y el otro par decididos a vencerlo, pero cuál sería su sorpresa al ver que aquel hombre había desaparecido ante sus ojos; no avanzaron más.

—¡Ay! —dice uno— me acuerdo claramente que cada mezquite era un fantasma leñoso que nos llenaba de pavora, pero nuestra alma recobró aliento y nos re-

solvimos a buscarlo. Pero nada, falló nuestro espíritu y caímos al suelo aletargados por el miedo. Ya que recobramos nuevamente aliento gritamos: “¡Bendita Madre de la Soledad!, sálvanos”.

Ser infame, era el diablo, tal vez un mal viento lo mandó por ésta soledad.

—Lo buscamos y nada más tinieblas aquel hombre se había consumido en la oscuridad.

Por fin regresaron espantados a dejar las aventuras, pero ocho días después se contó que había un hombre colgado en uno de los mezquites del lugar y fueron llamados por la curiosidad “¡Madre de la Soledad!” exclamaron a un tiempo “¡Qué horror!”, aquel cuerpo estaba negro, negro y con la lengua de fuera, enteramente desnudo y con profundas heridas en la cabeza y los pies.

Cuando supo el caso con todos sus detalles el Señor Cura del Templo del Encino, en un sermón encargó a los fieles que por nada de esta vida pasaran por allí o que si por alguna necesidad lo hacían, pasaran rápido nombrando a la Virgen de la Soledad y haciendo la señal de la Cruz.

Nuestros dos buenos amigos no quitaban el dedo del renglón y volvieron por aquel lugar como a los quin-

ce días, y cuál sería su sorpresa al ver aquel colgado que aún permanecía en el mismo estado, sin descomposición alguna y oyeron que decía con una voz lívida “¡Acusad a este mal hombre!” Asustados exclamaron

“¡Virgen de la Soledad qué es esto!” Regresaron a dar noticia, y quien tenía el corazón bien puesto se ponía en camino a cerciorarse de aquel horrendo espectáculo, volvía casi extraviado gritando “¡Virgen de la Soledad!”

Dice la leyenda que el cuerpo del colgado permaneció días sin entrar en descomposición, no se sabe cómo fue a parar a la puerta del Panteón de San Marcos en donde con un miedo inexplicable le dio sepultura el camposantero. Mientras tanto, aquella fiera, aquel mal hombre seguía viviendo en su cuartucho y seguía haciendo de las suyas; pero a los pocos días supo que se tramaba de mil maneras su captura y estaba listo para invocar al demonio para que lo desapareciera y así burlar la justicia.

Poco tiempo después fue sorprendido y encarcelado por diez años, sin haberle dado tiempo para hacer su llamado al demonio. Cumplida su condena, volvió arre-

pentido a su terrón gritando con toda la fuerza de sus pulmones: “¡Virgen de la Soledad! librame del demonio a quien he ofrecido mi alma porque me desaparezca cada vez que quiera, y en ésta me ha engañado”.

Aquel hombre desde entonces vivió de la caridad arrepentido, se dice que fue él quien pintó el cuadro de la Virgen de la Soledad que aún existe en poder de un viejecito que vive en la Barranca, a quien no ha sido posible sacarle dicho cuadro por ningún dinero, de ahí el nombre de esta calle.



Ahorcado
21,5 x 28 cm
Tinta sobre papel
2016
Biagio Grillo

El Callejón del Tesoro

Guadalupe Appendini²³

¿Quién no conoce en Aguascalientes la leyenda de El Callejón del Tesoro? pero pocos conocen la historia de este pasadizo en donde un forastero fincó una casa y se bordó una fábula, convirtiéndose en una de las epopeyas que se cuentan y forman parte de las tradiciones de la Villa de la Asunción de las Aguascalientes.

Como me lo platicaron, se los cuento.

Nos dijo Alfonso Cabeza de Vaca, un hombre serio que pasa los ochenta años, que su abuelo platicaba un sucedido que llenó de espanto a Aguascalientes, un carro fantástico que recorría la ciudad a media noche. Dos caballos blancos jalaban el carro que era guiado por un espectro vestido también de blanco, andaba por las calles haciendo escándalo, despertando al vecindario

²³ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, Leyendas de Provincia, pp. 33-36.

aquel “carro del demonio”, que parecía que anunciaba una desgracia.

Todo mundo hablaba del suceso, algunos aseguraban que el coche, jalado por dos colosales caballos, lo conducía una bella mujer, que al parecer estaba perturbada de sus facultades mentales, como desahogo sus familiares le permitían recorrer la Villa por las noches para no ser reconocida, ya que ni amigos ni parientes lejanos sabían el secreto de una de las familias más acomodadas de la Villa, que tenían una hija demente.

Las versiones eran diferentes, se hablaba mucho del suceso y cada persona inventaba una versión, el caso es que cuando caía la noche, los parroquianos comenzaban a sentir temor. Los hombres disimuladamente cerraban con llave las puertas de sus casas, las mujeres ponían los postigos y apagaban las velas, se aseguraban que los niños estuvieran dormidos para que no se dieran cuenta de este hecho diabólico que tenía intrigada a toda la

población y que nadie se atrevía a enfrentarlo. Todos esperaban con pánico aquel ruido que se escuchaba a lo lejos y que se iba acercando hasta pasar frente a las casas, el que se perdía después y nadie sabía para donde se diluía, el hecho era que al día siguiente volvía a pasar, ante el azoro de todos.

Muchos hombres que por necesidad tenían que trabajar de noche, al venir aquel carro que parecía que andaba solo, caían privados; otros trasnochadores al escuchar el ruido de las patas de los caballos que pegaban en el empedrado, caían de rodillas y rezaban a gritos. Se cuenta que algunas personas perdieron la vida al oír el “crujir de aquel coche fantástico en polvorosa armonía con las pisadas de los colosales caballos”.

Pero a ciencia cierta nadie sabía realmente de lo que se trataba, se hacían miles de conjetas, lo cierto es que el terror se apoderó de los habitantes de la Villa. Los sacerdotes regaban agua bendita por todos lados, había peregrinaciones, pero cuando menos lo esperaban, aquel carro salía por alguna arteria, recorría la ciudad y se perdía entre la bruma de la noche.

Cuenta la leyenda que Don Narciso Aguilar, un hombre inmensamente rico que vivía en Guadalajara

con su familia, tenía fabulosos negocios a los que les dedicaba la mayor parte de su tiempo. Un día su mujer al sentirse sola decidió tener un amigo para atenuar su soledad. Al enterarse Don Narciso del engaño de su mujer, en vez de hacer un escándalo y lavar con sangre su honor, pensó alejarse para siempre, buscando un lugar en donde nadie pudiera encontrarlo. Sabía que Aguascalientes era un lugar tranquilo, hospitalario, que se podría vivir con tranquilidad y eligió esa Villa para pasar los últimos años de su vida y olvidar la traición de su mujer.

Don Narciso Aguilar tenía un amigo de la infancia, un hombre bondadoso que por muchos años había trabajado con él y el único al que podía confiarle su secreto; le platicó su plan y lo invitó para correr con él la aventura, ya que era una persona solitaria, entrado en años y soltero. Los dos llegaron a la Villa de la Asunción de las Aguascalientes y después de recorrer la ciudad, encontraron un callejón, apropiado para lo que querían y sin más, compraron varias casitas casi en ruinas. Don Narciso comenzó a construir su residencia, la única casa que se encontraba en el callejón, que después se llamaría del Tesoro.

Mientras construía la casa que llevó el número trece, Don Narciso hacía constantes viajes a Guadalajara para ir trasladando poco a poco su cuantioso tesoro, que constaba de varias talegas de oro, cosa que hacía a medianoche para evitar sospechas. Se cuenta que vestido de arriero y a lomo de mula, Don Narciso trasladó su dineral y ayudado por su amigo Cirilo Castañeda, lo guardaron en la cocina de la casa que estaba junto al brocal del pozo frente a la puerta de la calle.

Al llegar a Aguascalientes los dos amigos, traían sendos caballos blancos, briosos y de alzada, así como un carro en donde llevaban sus pertenencias. Don Narciso y Don Cirilo no conocían a nadie en el lugar, ni querían conocer. Se dedicaban a dirigir la casa que le hicieron unos buenos albañiles de la Escuela de Don Refugio Reyes Rivas, el arquitecto sin título que hiciera el templo de San Antonio.

Jugaban baraja, se tomaban sus copitas, pero les sobraba tiempo, hasta que un día decidieron dar una vuelta por la ciudad, pero sin dejarse ver. Don Cirilo era quien guiaba el coche y, para no ser reconocido, se vistió con una túnica blanca, que le iba desde la cabeza a los pies y sólo había dejado dos rendijas para que se le

asomaran los ojos. Don Narciso vestía un extraño traje pegado al cuerpo de color carne y una media en la cara. Él iba acostado en el coche para no ser visto.

Todas las noches se disfrazaban, tomaban su carro y salían a recorrer las calles. Cuando vieron que su paseo les causaba pavor a las personas lo hacían con más ganas, sirviéndoles de diversión el miedo que causaba a los parroquianos, mientras la gente se privaba de esparcimiento, ellos se morían pero de risa. Habían encontrado una gran diversión por las noches que al principio les eran mortalmente aburridas.

Este recorrido lo hicieron por mucho tiempo, hasta que el pueblo se fue acostumbrando a ver y escuchar a este “carro del demonio” que resultó inofensivo. Al ver Don Narciso y Don Cirilo que ya nadie les temía, dejaron de salir a realizar sus paseos nocturnos que por tanto tiempo inquietaban a la ciudad.

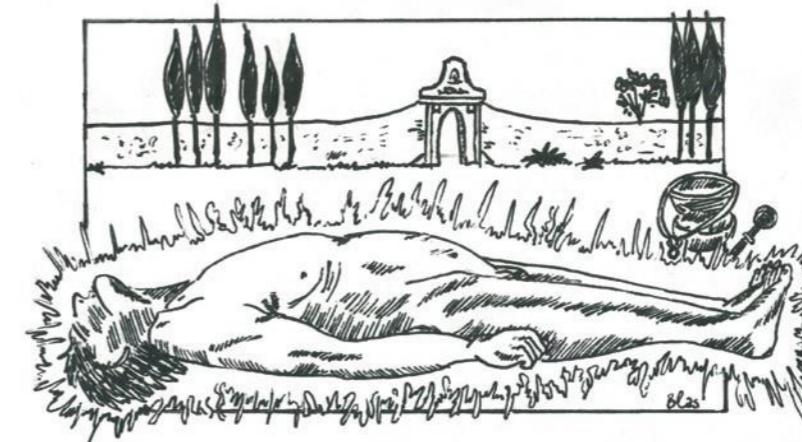
Los dos amigos vivían solos en aquel callejón cuidando el tesoro de Don Narciso Aguilar, así como a los caballos y burros que tenían en el traspatio. Se hablaba de dos viejitos ricos que vivían en el Callejón del Tesoro, como le decía la gente. De pronto desapareció Don Cirilo, nadie supo de su paradero. ¿Se peleó con Don

Narciso y se fue a Guadalajara? ¿Murió de muerte natural? ¿Lo mató Don Narciso por miedo a que lo robara? Nadie lo supo. Don Narciso salía y entraba a su casa solo, siempre solo; no hablaba con nadie, cuando se escuchaba su voz era porque se dirigía a sus animales.

Se había corrido la voz de que en el Callejón del Tesoro, en el número trece, vivía un hombre solo, el que se dedicaba a cuidar un fabuloso tesoro. Esto llegó a oídos del famoso Juan Chávez, uno de los más grandes ladrones que ha habido en Aguascalientes. Una noche

Juan Chávez quiso apoderarse del entierro de Don Narciso y por asustarlo para que le dijera en dónde estaba el dinero, se le pasó la mano y lo mató. Y el dinero que por muchos años estuvo escondido en la casa número trece de un callejón, pasó a manos de Juan Chávez y Don Narciso pasó a mejor vida.

La historia de Narciso Aguilar el rico jalisciense y su amigo Don Cirilo Castañeda se olvidó, pero el nombre de “Callejón del Tesoro” todavía existe en la Ciudad de Aguascalientes.



*Sin descanso
21,5 x 28 cm
Tinta sobre papel
2016
Biagio Grillo*

TESOROS

Las historias de tesoros son muy comunes en México, se dice que en los cerros se esconden tesoros y quien los encuentre se debe llevar “todo o nada”, pues si sólo toma un poco queda atrapado en el interior y muere, para el caso de Aguascalientes existe la leyenda de Las Agapitas descrita por Guadalupe Appendini donde se habla de un tesoro escondido en el Cerro de los Gallos.

*El tesoro*

21,5 x 28 cm

Plumón sobre papel

2017

Arely Jiménez

Doña Agapita

28 x 21,5 cm

Plumón sobre papel

2017

Arely Jiménez

Doña Agapita



Las Agapitas

Guadalupe Appendini²⁴

Como todos los pueblos, Aguascalientes es un lugar en donde proliferaron las leyendas, historias orales que se transmiten de padres a hijos —como oración de la Magnífica— y por mucho tiempo, varias generaciones disfrutaron de cuentos que eran deliciosos.

Don Antonio Romo Gutiérrez, un anciano cercano a los noventa años, nos hizo un relato, el cual según su padre, Don Salvador H. Romo, les contaba cuando eran niños, lo que es una legendaria historia, que poco se conoce.

En el siglo XVII había en la Villa de la Asunción de las Aguascalientes varios mesones en donde llegaban los forasteros. Estos tenían apropiadas caballerizas para hacer descansar las mulas, a las que también se atendía.

²⁴ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de Provincia*, pp. 7-11.

El mesón de “Las Agapitas” se encontraba en la calle del Reloj —ahora calle Juárez—, en el que atendían dos señoras, madre e hija de ese mismo nombre, mientras los tres hijos de Doña Agapita —José, Antonio y Salvador— se dedicaban a otras labores.

El trabajo era duro y lo que se ganaba poco, pero lo suficiente para ir sobreviviendo “en una época difícil en la que todo era caro”. El mesón de “Las Agapitas” tenía fama de que era muy limpio y que la dueña se esmeraba para servir una buena comida a precios módicos. Pero a pesar de que nunca faltaban los huéspedes, la señora se las veía negras para vivir con cierto decoro.

En una ocasión llegó al mesón un hombre como de setenta años. Era alto, muy moreno, pelo chino, cano, nariz chata y de pómulos pronunciados; pidió una habitación para él y un lugar para su jumento. Doña Agapita lo vio con cierto temor, era difícil que un hombre de “color” anduviera por esa región, pero a su insistencia

lo aceptó. Pidió a su hijo José que le arriara a su asno al corral y ella le señaló su aposento.

Por su vestimenta parecía un trabajador del campo, llevaba varias bolsas de mecate, rollos de papeles y una talega de cuero con una correa que le cruzaba el pecho. Hablaba poco, no más de lo necesario. Pasaron varios días y aquel hombre permanecía en el mesón, salía de su cuarto para lo más indispensable, hacer sus alimentos y ver a su burro, lo acariciaba, le daba agua, de comer y regresaba a su aposento.

Así pasaron los meses y El Silencioso, como le llamaron, era el mejor huésped, no reclamaba nada y semanalmente pagaba con monedas de oro, lo que le daba gran alegría a Doña Agapita, y a la vez temor de pensar que de dónde sacaba tanto dinero aquel, del que no sabía ni de dónde venía ni a dónde iba.

Un día Silencioso no bajó a desayunar, lo que preocupó a la dueña del mesón y le dijo a José su hijo que fuera a ver qué pasaba con el negro, que siempre era puntual a la hora de sus alimentos y le extrañaba no verlo en el comedor. José lo fue a buscar a su cuarto, encontrándolo gravemente enfermo. El pobre no levantaba la cabeza y se quejaba de un fuerte dolor en el

estómago que le cortaba hasta la respiración. El muchacho se preocupó, avisó a su madre, la que le aplicó toda clase de remedios caseros, pero Silencioso cada día empeoraba, a grado tal que José al verlo tan delicado se convirtió en su enfermero.

Después de una noche “toledana”, en la que el huésped se moría, casi habiendo perdido el conocimiento, tuvo un rato de lucidez y le dijo a José que le iba referir su historia, haciéndolo depositario tanto de su secreto como de sus bienes materiales que tenía él a su cuidado.

Le dijo que desde muy joven sirvió a una familia de españoles que vivían en Zacatecas. El señor se había hecho rico gracias a las minas de esa ciudad. La ilusión de aquel hombre era regresar a su país y vivir en España como *maharajá*, disfrutando del dinero que había logrado hacer en la Nueva España, para eso había trabajado como bestia desde niño. Pero no fue así, repentinamente falleció su esposa, quedándose sólo un hijo, que había mandado a estudiar a España, quien era su única familia.

Le platicó lo que le dijo su patrón después de la muerte de su señora: “mi patrón perdió la voluntad, no quiso trabajar más y un día me dijo que después

Cocina novohispana
21,5 x 28 cm
Plumón sobre papel
2017
Arely Jiménez



de su hijo yo era el pariente más cercano, y en el que depositaba su confianza. Me habló de dejar Zacatecas, venirnos a esta villa, en donde guardaría su dinero. Se regresó a su país, pero como no podía llevárselo consigo todo el dinero, iba por algunos parientes lejanos para que entre todos pudieran llevarse a España el caudal que había logrado hacer en México.

Dijo el mozo del señor González que su patrón y él hicieron un escondite con sus propias manos por el Cerro de los Gallos, en donde escondieron el oro y la plata. "Fue un trabajo de mucho tiempo, los realizábamos en la noche para que nadie se diera cuenta de lo que hacíamos. Una vez que lo terminamos y me hiciera el depositario del tesoro, nos despedimos con lágrimas en los ojos y después de darnos un abrazo, se fue mi patrón y yo me quedé esperando su regreso".

El Silencioso casi desfallecido le dijo a José que habían pasado muchísimos años, día a día esperaba el regreso del señor González, quien había vivido como ermitaño, cerca de aquel lugar vigilando como un verdadero centinela, pero su amo no había regresado. Le contó al muchacho que de la fortuna del señor González sólo había tomado lo indispensable para sobrevivir,



Posesiones del Silencioso
21,5 x 28 cm
Plumón sobre papel
2017
Arely Jiménez

como le había prometido a su patrón y así pasó quién sabe cuánto tiempo.

Pero al sentirse enfermo gravemente, pensó que lo mejor sería irse a vivir a Aguascalientes y así llegó al mesón de "Las Agapitas", en donde fue recibido con afecto por los dueños de ese lugar. Le platicó el hombre a José que ahora, que él había sido tan generoso y bueno, que lo había cuidado con esmero, sabiendo que era un hombre de honor, le pasaba el encargo que le había hecho su patrón de cuidar su fortuna. Sabía que aquel caballero regresaría por ella. Le pedía le dijera al señor González que hasta el último minuto de su vida le había sido fiel y que sólo la muerte hizo romper su promesa. El hombre

lo hizo jurar que cumpliría al pie de la letra su encargo, así que como él lo había hecho, tomaría sólo las monedas necesarias para vivir, sin extraer más de lo indispensable.

Nuestro personaje —de quien nunca se supo el nombre— le entregó al hijo mayor de doña Agapita el plano, igual al que le había dejado su patrón, para que conociera el lugar y desde lejos lo vigilara. Le regaló su burro y

pocas pertenencias y ese día antes de la media noche, falleció el fiel mozo del señor González, depositario de su tesoro.

Se le hizo un decoroso entierro a aquel hombre, que había dejado muchas monedas de oro en su talega. Y por varios días se habló de su paso por el mesón de "Las Agapitas". José estaba inquieto, a nadie habló del secreto del Silencioso. Por la noche se pasaba estudiando el plano que le había dejado el huésped y recordaba palabra por palabra lo que le había dicho, pero no se atrevía investigar el lugar donde estaba escondido aquel dinero. Un día dijo a su madre que iba a San Juan de los Lagos para pagar una manda, tomó el burro que le dio el Silencioso, así como el mapa y se fue.

Tenía que llegar a la falda del Cerro de los Gallos, dar vuelta al Poniente hasta desembocar al río de San

Pedro y subir por allí al cerro, al llegar casi al a cumbre había una meseta, en donde encontraría un pino a los veinte metros. Tenía que encontrarse con una maleza y después una hilera de nopales, al terminarla, vería una gran tapa con un tornillo de fierro, el que había que des- tornillar para quitar la tapa. Se tenía que bajar por ahí a un pequeño túnel, luego una puerta y al abrirla, una escalera que bajaba, al final se encontraban dos cuartos de un metro y medio cada uno, cerrados con puertas de fierro. Tenían la llave pegada, una de bronce y otra de fierro, en la habitación que abría la llave de bronce había monedas de oro y en la de fierro las había de plata. Asimismo, se guardaban barras de estos dos metales, y que llegaban hasta el techo.

Al ver aquello, José se quiso volver loco. Nunca pensó que fuera cierto lo que había dicho el Silencioso. Volteaba para todos lados, le faltaban manos para tomar aquellas piezas que brillaban como soles. Se llevó todas las monedas de oro que cupieron en su talega y cargó al burro con barras de plata y oro. Paso a paso, pandeándose tanto él como su jumento, llegaron al mesón. Él no dijo el secreto, sólo que se había encontrado un entierro que los sacaría de pobres.



Entre monedas de oro
21,5 x 28 cm
Plumón sobre papel
2017
Arely Jiménez

El mesón de “Las Agapitas” se transformó, era casi un hotel de lujo y tanto doña Agapita como su hija se dedicaron a la vida social, teniendo servidumbre que se encargaba de las labores del mesón. Fue un cambio total en la vida de esta familia, que, aunque pobres, vivían muy felices. Les cambió la suerte, una lotería les había caído.

Pero un día que José se encontraba con muchas copas de licor, eufórico y trastornado por el alcohol, les platicó a sus hermanos, Antonio y Salvador, el gran secreto de aquel huésped, del que él había sido depositario y que con sus propios ojos había constatado y que gracias a eso vivían como príncipes. A los hermanos se les despertó la ambición, y al verlo borracho le sacaron toda la verdad, le robaron el plano, dispusieron una recua de mulas y sin más tomaron para el Cerro de los Gallos.

Pasaron los días y los jóvenes no regresaban, su madre preocupada le preguntó a José si no sabía algo de ellos; el joven recordó como un sueño lo que había sucedido hace algunos días, fue a buscar el plano y al no encontrarlo platicó a su madre el secreto del Silencioso

referido a sus hermanos. Salió desesperado a buscarlos y sólo encontró a la recua de mulas, que regresaban al mesón, pero de los hermanos, ni su luz. Jamás se volvió a saber de ellos. José quiso localizar el escondite, pero nunca dio con él, y cuenta la leyenda que perdió sus facultades mentales, habiendo muerto años después convertido en un verdadero ente.

La tragedia de “Las Agapitas” se divulgó por toda la villa, a dos de sus hijos se los tragó la tierra, nunca se supo en qué forma habían muerto, sólo que desaparecieron para siempre. José se volvió loco, aparentemente sin motivo y Doña Agapita y su hija un buen día amanecieron y no anochecieron, tomaron las de “Villa Diego”, pero ¿para dónde? Muchos dijeron que a Guadalajara, otros que a Zacatecas y los más a la capital de la República en donde nadie las conociera.

La historia de “Las Agapitas” y su mesón fue muy comentada, todo el pueblo lo conocía y se hacía cruces, ¿cuál sería la verdad? Pero como el tiempo es el mejor amigo, se fue echando al olvido esta leyenda que ahora sale a la luz para recogerla en las fábulas de Aguascalientes.



Mis vecinos
21,5 x 28 cm
Linografía
2016
Pedro de David Salas
Muñoz

La momia del túnel

Guadalupe Appendini²⁵

Se cuenta que en la ciudad de Aguascalientes existen varios túneles que se conectan entre sí, que servían de escondite no solamente a los Franciscanos del templo de San Diego durante la persecución religiosa, sino a muchas personas que huían de la justicia. Una de las tantas leyendas que se ventilaron al respecto fue la que contaba el profesor Alfonso Montañez, quien aseguraba tratarse de una historia verídica que con el tiempo se convirtió en una de tantas fantasías que se comentaban en las fiestas de salón.

En la esquina de las calles de Carrillo Puerto y Democracia (ahora Eduardo J. Correa) había una tiendita cuyo propietario era un señor de nombre Brígido Villalobos. Era uno de los “Estanquillos” más populares en el

²⁵ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de Provincia*, pp. 25-28.

Barrio de San Marcos, pues había todo, como en botica. Don Brígido era un hombre muy amable, un buen comerciante que no dejaba salir a un cliente sin vender. Era un gran conversador, un hombre simpático y dicharrero, que tenía muy entretenido a sus amigos, los que todas las noches se reunían en su tienda para componer el mundo. Se hablaba de la carestía de la vida de los malos gobernantes, de todos los problemas que acosaban al país. Pasaban dos horas de gran plática, Don Brígido les ofrecía una copita, y a las ocho cada uno de sus amigos se iba a su casa a descansar.

Corría el año de 1884 y una noche, cuando el grupo de amigos se encontraba en lo más álgido de la plática, se escuchó un tremendo ruido en la pequeña trastienda que los hizo temblar. Se voltearon a ver Don Antonio, a quien apodaban El Charrasqueado, Don Severo, que le decían El Cura y Márquez Hernández. Ninguno se atrevía a hablar, pero Don Brígido que era muy bromista les

dijo, "No creo que haya sido el aire". Con cierto temor se levantaron los hombres que estaban sentados en un costal de azúcar, en un cajón de jabón y en el banquito que tenía atrás del mostrador el dueño de la tienda.

Con cierta curiosidad se dirigieron al cuartito contiguo a la tienda y con sorpresa vieron que se había hundido el piso. Ninguno se atrevía a decir palabra, hasta que el señor Villalobos les dijo: "Si no tienen miedo, vamos a ver qué fue lo que pasó". Los cuatro amigos quisieron bajar, pero fue verdaderamente imposible por la cantidad de polvo que había, que no los dejaba respirar y tuvieron que salir corriendo a la calle.

Don Antonio, Don Severo y Márquez le dijeron a Brígido que de noche no se podía hacer nada, que se irían a sus casas y al día siguiente, con el fresco de la mañana y con la frente despejada, irían a descubrir aquel misterio que los tenía intrigados. Los amigos se despidieron dejando solo al dueño de la "tienda de la esquina", el que por mucho rato se quedó pensando qué podría hacer. Tenía que encerrar su estanquillo, ¿y si alguien se metía por la trastienda y le robaba? No se podía quedar toda la noche afuera y si dormía en su changarro, se asfixaría por el terreal.

Las momias
21,5 x 28 cm
Linografía
2016
Pedro de David Salas
Muñoz



Al lado de la tienda vivía Vicente Trujillo, quien al oír el estruendo también salió a la calle, como muchos de los vecinos. Al ver el problema del pobre Brígido, le dio la solución: se quedarían sentados en una banquita toda la noche, afuera de la tienda, tapados con cobijas para cuidar el negocio. Así lo hicieron, la esposa de Don Vicente les llevó café, y así se hizo una bolita de amigos que estuvieron toda la noche frente a la tienda ideando cómo le irían a hacer para sacar los muebles de Don Brígido y rescatar la mercancía que se había caído en el socavón.

Para todos fue un día de fiesta, entre chascarrillos, adivinanzas y cantos, se pasaron toda la noche; sólo Don Brígido tenía cara de purgado por la aflicción que sentía al haber perdido mercancía y sus muebles.

Al avanzar con sogas y palas, el grupo de amigos y Don Brígido al frente de la expedición, bajaron por aquel agujero, que era un verdadero boquete. Llevaban velas para ver por dónde caminaban, cuando de pronto se encontraron con un gran arco descubierto. Fue grande la sorpresa que se llevaron los que resolvieron seguir caminando por aquel túnel; entre risas y rezos,

los amigos se daban valor para seguir por el túnel con dirección al Jardín de San Marcos.

Según se cuenta, el grupo de hombres valientes seguía caminando y así llegaron a la puerta oriente del Jardín, en donde encontraron algo inaudito: un gran armazón lleno de piezas de género, de telas muy finas y de diferentes colores.

Todos se quedaron de una pieza, no creían lo que estaban viendo sus ojos, nada más que uno de ellos, ambicioso, quiso llevarse algunas de aquellas telas de colores vivos, pero su sorpresa fue mayor al ver que al tocarlas se iban convirtiendo en polvo. Los gritos se oyeron hasta la calle. Aquello parecía película de terror. Telarañas colgaban de las paredes del techo y los ratones corrían por todos lados haciendo brincar a los hombres que sólo decían “¡ay mamá Carlota!”, “¡Virgen del rayo, sálvanos!”, “¡por qué me metí en este enredo!” y otras expresiones que verdaderamente daban risa.

La expedición seguía, Don Brígido que era el afectado, se hacía el fuerte e iba por delante con su vela de sebo. Cuando de pronto se escuchó un grito general al ver muy seria sentada a una momia que pelaba los

dientes y parecía se estaba riendo. Al lado de ésta y recargada en la pared, había otra que tenía el cabello tan largo que le llegaban al suelo.

Los amigos del señor Villalobos se tropezaban uno con otro por querer salir todos corriendo a la misma hora y así con los pelos hirsutos del susto y pálidos como el papel de china, volvieron a salir por donde habían entrado, por la trastienda de la tienda de Don Brígido Villalobos.

Nadie dijo nada, Don Brígido volvió a levantar el piso de su trastienda y todos hicieron un pacto de honor de no platicar lo sucedido con nadie. Durante mucho tiempo esta historia quedó en el olvido, hasta que un día, uno de ellos, parece que el Charrasqueado, en una borrachera contó lo sucedido. Don Alfonso Montañez asegura que existen otras entradas para esos túneles, que según se dice, van del Templo de San Diego al Jardín de San Marcos, de la Estación al Jardín, así como del templo del Encino al Jardín de San Marcos. Cuando se decida explorar esos túneles conoceremos otras interesantes historias que convertiremos en leyendas para engrosar las tradiciones de Aguascalientes.

AVARICIA

El afán descomunal de la gente por poseer y adquirir riquezas es un motivo para la invención de nuevas leyendas, como la de Los Plata, una historia que trata sobre cuatro hermanos. En la leyenda escrita por Guadalupe Appendini son José, Cayetana, Petronila y Dionisia, en tanto la escrita por Alfonso Montañez el nombre de las hermanas es el mismo pero el hermano aparece como Prudencio, pero en general narran los mismos eventos.

*Las Platas*

28 x 21,5 cm

Grabado en goma sobre papel

2016

David Hidalgo

*Las Platas***Alfonso Montañez²⁶**

Hay en todas las poblaciones personajes ricos, medianos y pobres, si se quiere demasiado vulgares unos y otros, pero a veces tienen algo que se antoje y de ahí que nazcan cuentos, tradiciones o cuando menos hablillas curiosas, que van desapareciendo poco a poco y es de sobra interesante desempolvarlas también para solaz de los vivientes.

Las Platas eran tres viejecitas hermanas: Cayetana, Petronila y Dionisia Santoyo. Tenían un hermano de nombre Prudencio, siendo las viejecitas célibes y el hombre soltero; vivían en la casa de su propiedad, sita en la tercera calle de Hebe número trece, que se componía en aquel tiempo de zaguán, una habitación a la calle sin ventana, otra que hacía escuadra al Oriente; seguía

²⁶ Alfonso Montañez, "Leyendas, tradiciones y hablillas" en: Antonio Acevedo Escobedo, *op. cit.*, Letras sobre Aguascalientes, pp. 326-327.

una pequeña cocina y luego un horno para pan. Todo lo demás de la casa era huerta de higueras y granados.

La lucha por la vida de esta familia era la de hacer una especie de pan llamado "cemitas de fiambre" para los quinces y sus armadas, que así se decía en aquel entonces. Pero ¡qué cemitas tan sabrosas! Qué olores tan exquisitos despedían por todas las calles a donde iban pasando las señoritas Santoyo al reparto de sus marchantes.

El tamaño de aquellas cemitas era grande y su precio sólo era de "medio" (seis centavos) las corrientes y las finas, de manteca y canela, de as real (doce centavos). ¡Qué panes estos! Se deshacían en la boca, tal si fueran polvorones.

En aquel tiempo todo se trataba por medios, reales y pesetas, estas últimas monedas era lo que se decían dos reales. Nuestras viejecitas no recibían otra moneda que no fuera la peseta en pago de su apetitoso pan.

Eran notables las señoritas Santoyo: vestían a la época, portaban sus zarcillos y collares de reales y pesetas, y unas peinetas altas con incrustaciones de medios de plata. El hermano vestía pantalones de charro, con botonadura de pesetas y su fina camisa muy blanca, plisada, pechera con alforzas bien planchadas al almidón; su traje ordinario era calzón todo plisado y su camisa igualmente, parecía nada menos que un farol veneciano, al igual vestían todos los hombres de aquel entonces.

Las Platas poseían un capital de entre seis y siete mil pesos que habían logrado hacer por medio de sus ahorros, lo tenían guardado en una grande petaquilla y sepultado al pie de un granado agrio, que era el pri-

mero de la pequeña huerta con la que contaba la casa. Muere la primera de las viejecitas, al poco tiempo la segunda, luego el señor, quedando sola la última, que era Dionisia, quien fue recogida a miles de ruegos por un sobrino sacerdote, muy honorable y santo del barrio, pero sobrevivió muy poco tiempo. El sobrenombe de Platas les vino porque todo su capital era en pesetas de plata, al igual que sus adornos.

Tanto la familia que ocupó después la casa, como sus vecinos, aseguraban que las viejecitas se aparecían sentadas al pie del granado contando su tesoro y según los que las vieron, platicaban muy contentas.

No se supo jamás del tesoro.

RELIGIOSAS

El Barrio de Triana, nombre otorgado como referencia al barrio de Sevilla, España, ha sido destacado como el barrio de españoles, poetas, toreros y bellas mujeres, su alcurnia hispana la refiere Jesús Reyes Ruiz en el Romance de los cuatro barrios Triana:¹

Rumor de gitanos viene
por la claridad del sur;
rumor de voces morenas
con acentos de laúd.

Por el lado paterno mi familia proviene del Barrio de Triana, mi bisabuelo fue español. Desde pequeño aprendí de la familia que ser trianero era un orgullo; yo me considero del Barrio de la Estación, ahí viví mi infancia y fui testigo de la vida cotidiana ligada al ferrocarril.

Actualmente se conoce a este barrio como Barrio del Encino, por la prodigiosa aparición del Cristo Negro del Encino (Señor del Encino), de ese suceso surgen varias leyendas como las que a continuación se exponen.

¹<http://aguascalientes.gob.mx/segob/archivohistorico/docs/BarriodelEncino.pdf>. Consultado el 24 de febrero de 2016.



*Don Ponciano Alegre
y el Cristo Negro en el
tronco*
21,5 x 28 cm
Tinta china sobre papel
2016
Guillermo Hernández

El Cristo del Encino

Guadalupe Appendini²⁷

El Cristo Negro del Encino, una de las imágenes más milagrosas en el Estado, tiene su origen en una historia que se empezó a contar por el año de 1744, en la Hacienda de los Campos, en Bocas de Arteaga, cerca de Palo Alto.

En la Guía de Aguascalientes realizada por el profesor Alejandro Topete del Valle, Cronista de la Ciudad, dice textualmente que:

Año con año, el 13 de noviembre se desbordaba el fervor en honor y gloria del milagroso Cristo del Encino. Sin embargo consideramos que si el homenaje commemora la fecha tradicional de su aparición, hay en ello el equívoco de un mes justo. Una nota manuscrita, encontrada en la portada de un protocolo del Escribano Público de la Villa, don Manuel Rafael de

²⁷ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, Leyendas de Provincia, pp. 53-57.

Aguilera, que copiamos textualmente con todo y sus faltas de ortografía, propias de la época, dice a la letra:

El día trece de octubre del año cuarenta y cuatro, (evidentemente 1744) se apareció la milagrosa imagen de Sor. De el Ensino en la Hacienda de las BOCAS DE HORTEAGA: (De esta jurisdicción).

La tradición sobre la aparición del Cristo negro del Encino, principia pocos años después del milagroso suceso. Pieza bibliográfica muy rara, es una vieja Novena dispuesta por un Eclesiástico ‘amartelado’ del Señor, cuyas ediciones impresas se sucedieron durante los siglos XVIII y XIX. De la reimpresión correspondiente al año de 1829 (Oficina del C. Juan María Gordo, 64 páginas de 14,5 x 12,5 cm) tomamos los siguientes párrafos:

Cuyo inestimable hallazgo tuvo un dichoso natural, originario o vecino de la misma ciudad, que al tiempo de herir al palo para disponer sus trozos, se halló en las entrañas del Encino... la portentosa imagen

de nuestro Crucificado Dueño, en la misma disposición, sin permitir le pusiera la escultura pieza, movimiento, cardenal, herida ni color.

Y así continúa la extensa nota preliminar de la Novena, el eclesiástico amartelado del Señor, bajo el título de “Alientos a la devoción de esta Novena”, refiriendo numerosos milagros y favores de la Soberana imagen.

El 2 de noviembre de 1855, el piadoso vecino Don Doroteo Chávez, aprovechando la visita pastoral del I. Señor Obispo de Guadalajara, Don Diego de Aranda y Carpintero, le presentó un escrito pidiendo se erigiera el Templo de N. S. del Encino en ayuda de la parroquia, ofreciendo costear de su peculio los gastos de aceite, vino y hostias para el culto y a fin de que se dijese Misa todos los días, por impedimento del concursante, firmó en el escrito su hijo Pablo Chávez Fragoso. Al día siguiente, esto es el 6 de noviembre del mismo año, encontramos que en la Hacienda de Peñuelas, el Excelentísimo Señor Obispo proveyó un auto aprobando la petición del señor Chávez y erigiendo la solicitada Ayuda de la Parroquia. Como pronto se experimentara la utilidad del nuevo servicio, el 19 de junio de 1854, el Excelentísimo señor Obispo de Guadalajara, Don Pablo Espinoza, a solicitud de los vecinos del Barrio

de Triana y del Gobernador del Departamento de Aguascalientes, erigió la Parroquia y Curato, en Templo del Encino, señalándole una jurisdicción, tanto urbana como rural, poblada en esa época por 14,361 habitantes.

Y finaliza diciendo Don Alejandro que “El 19 de febrero de 1878, debido al esfuerzo del señor Cura Don Justo Ramírez, se colocó en el Templo el reloj público de repetición que fue construido en Teocaltiche, Jalisco por el hábil artesano Nicolás Herrera.”

Sobre la imagen del Cristo Negro del Encino se han bordado muchas leyendas, aunque los fanáticos aseguran que no es un mito, sino un hecho real, pero mucho se ha hablado del Milagroso Cristo negro del Encino, habiendo así diferentes versiones.

Se dice que en la Hacienda de los Campos, en Bocas de Arteaga (cerca de Palo Alto), vivía Don Ponciano Alegre, un hombre rudo, mal encarado —que sólo tenía de alegre el apellido— pero que era considerado por sus patrones por ser un verdadero burro de carga. Ponciano vivía en la hacienda con su señora y dos hijos. Ella, María Pantaleona, era una mujer bien dispuesta, que trabajaba como sirvienta en la casa grande.

Así pasaron los años y esta pareja humilde, que aunque trabajaban como asnos, sólo tenían para malirla pasando, vivía con cierta felicidad por ser un matrimonio ordenado y respetuoso. Ella sumamente católica, religión que había heredado de su madre y él, libre pensador, en lo único que creía era en el trabajo.

Resulta que un día María Pantaleona enfermó gravemente; esperaba un nuevo hijo, y era una persona madura y “desgastada por haber empezado a trabajar cuando sólo era una niña de doce años”. Por aquel entonces los médicos en las haciendas brillaban por su ausencia y la mujer se moría. Desesperado Ponciano salía y entraba al jacal sin saber qué hacer. Fue tal su desesperación que se fue caminando por el campo, y en un árbol de encino se puso a llorar a gritos. Necesitaba llevar leña para el fogón y comenzó a darle de hachazos al árbol, que aunque era muy duro, fue tal su fuerza y su tesón, productos de su desesperada angustia, que logró derribarlo. Cuando éste estaba en el suelo, quiso abrirlo en canal y, al primer hachazo, vio que adentro del arbusto estaba la figura de Cristo, tan perfectamente bien esculpido, que no podía creerlo. Con todo cuidado empezó a sacar la corteza para sacar aquel madero con la figura de un crucifijo. Tembla-

ba y al mirar su rostro, sintió una cosa inexplicable, como que algo grande se hubiera apoderado de él y en aquel momento oró Ponciano: “Dios mío, yo nunca he creído en nada pero esto que estoy mirando me tiene confundido, si de veras eres un cristo y deseas que yo sea un fiel creyente, alivia a mi mujer. Que no muera, es todo lo que tengo en el mundo, yo no podría cuidar a mis hijos”. Pero el Cristo permanecía mudo y el hombre lo tomó en sus rudos brazos y lo zarandó tres veces. Al no tener respuesta, se lo llevó cargado a su casa.

Cuenta esta leyenda que al entrar Ponciano a su choza, no podía creerlo. Su mujer estaba sentada en el catre con un niño en los brazos, y al verlo, tanto ella como la criatura, sonrieron felices. El hombre soltó al Cristo, dejándolo en la entrada y llegó hasta su esposa, la que se disponía a levantarse para continuar con sus labores cotidianas.

Ya sereno, Ponciano platicó a María Pantaleona lo que le había ocurrido y los dos tomaron aquel madero amorosamente y juntos empezaron a rezar con toda devoción.

Al poco tiempo se corrió la versión en la hacienda del milagro del Cristo Negro y después a los alrededores

ya se conocía que el Cristo que tenían los Alegre “era re milagroso”.

No solamente las personas del pueblo, sino habitantes de la región, con curiosidad iban a conocer aquel Cristo, que constantemente concedía favores a los que se encomendaban a él.

Un cura de Aguascalientes fue a constatar si se trataba de un sacrilegio, habiéndose quedado pasmado al ver al Señor del Encino, como ya lo habían bautizado, que había salido de aquel árbol y del que emanaba una bondad infinita.

Una señora apellidada De los Ríos, convenció a don Ponciano de que el Cristo debería estar en un altar en donde se le rindiera culto y así fue como se le llevó a la ciudad de Aguascalientes. Hizo un altar en la sala de su casa y un sacerdote iba a celebrar misa todos los días. La gente se amontonaba, era insuficiente la sala de la señora de los Ríos para la cantidad de personas que participaban en la Sagrada Eucaristía. Y así fue como se pensó que se debería hacer una capilla en donde se venerara esta imagen.

“Ya sea disponiendo de algún espacio libre, de público dominio, mediante venta o donación de algún pia-

doso vecino, incluso de ambas cosas a la vez, pronto consiguió el señor Cura Arteaga el terreno para erigir el templo primitivo, en la forma de una modesta capilla, que edificó a su “costa”, según lo expresa una nota de su puño y letra, la cual fue dedicada el 4 de octubre de 1764, seguramente al expresado San Miguel, según lo comprueba el auto de visita pastoral practicada el 21 de febrero de 1775 por el Excelentísimo Obispo Don Fray Antonio Alcalde quien da ese título y advocación a la Capilla visitada, sin que esto incluya la posibilidad de que ya para entonces se venerase también en su recinto la imagen del Señor del Encino”, dijo Don Alejandro Topete.

El caso es que desde octubre 13 de 1744, fecha en la que según la leyenda se le apareció la milagrosa imagen a Ponciano Alegre, El Cristo Negro, el Santo Señor del Encino, está ahí en su templo, recibiendo a los visitantes y colmando de bienes a los que a él se encomiendan.

Se cuenta también que del Cristo Negro del Encino hay varias leyendas: ¿Por qué es negro? ¿Por qué el Señor del Encino? ¿Aún está al día?

Uno de estos relatos dice que cuando se apareció el Cristo en la Hacienda de las Bocas de Horteaga, en

El Templo del Encino en llamas
21,5 x 28 cm
Tinta china sobre papel
2016
Guillermo Hernández



el año de 1744, la imagen era color madera, de encino, y así fue llevada al templo para darle culto. Muchísimo tiempo el Señor del Encino (al que se le cuelgan los milagros de conseguidor de novios, como a San Antonio) estuvo de moda en el pueblo. Y había peregrinaciones de cuarenta personas (la mayoría mujeres) que iban al Encino a rezar el Vía Crucis pidiendo al Cristo “el milagro” de conseguir novio y marido. El señor del Encino, que tiene un brazo más largo que el otro y el que mucho tiempo decían “lloraba sangre”, fue uno de los cristos de moda en Aguascalientes y en ese tiempo se efectuaban muchos matrimonios. Como cosa curiosa ahí se casaron el licenciado Tomás Perrin y Cuquita “la telefonista”, durante unas fiestas de abril, de la feria de San Marcos.

Cuenta la leyenda que en una ocasión, unos niños jugando con velas en la iglesia provocaron un incendio. Al darse cuenta de lo que habían hecho, corrieron des-

pavoridos y juraron no decirle nada a nadie. La gente comenzó a ver que salía humo de la iglesia, se empezó a correr la voz, pero cuando se dieron cuenta de la gravedad del asunto, las llamas devoraban el templo. Con ollas y jarros, tomaban agua de la fuente del jardín, (pues en aquella época no había bomberos) queriendo apagar el fuego, lo que era imposible. Las llamas llegaron hasta el Cristo, el que fue tomando un color negro, pero no sufrió ningún deterioro. Desde aquella época, se le llamó el Cristo Negro del Encino; su fama creció y la imagen comenzó a hacer “milagros” a raudales. La iglesia fue reconstruida y el cristo lucía en todo su esplendor en un color negro bronceado.

A la fecha el Señor del Encino, o el Cristo Negro, es visitado no sólo por aguascalentenses, sino por turistas que quieren saber el origen del Cristo Negro, y concurren uno de los Vía Crucis más bellos que existen en la ciudad.

APARICIONES

El tema de las apariciones, espantos, pactos con el diablo y las brujas es un tema que hechiza a los oyentes. Antiguamente al caer el sol era común escuchar en la puerta de las casas estas historias en boca de los abuelos, lo que ocasionaba que muchos niños fueran contentos a dormir, pero contentos de escucharlas. Su interés por seguir aguzando sus oídos a las leyendas pareciera mayor que el sentimiento de miedo. En este libro se exponen diversas historias con ese tema, anhelando que su lectura siga cautivando a esos chavales como lo hacían los antecesores con sus historias.



El aparecido del chambingo

Guadalupe Appendini²⁸

Asistir de mañana a los oficios religiosos era una de las más añejas costumbres entre las familias aguascalentenses. Con frecuencia se veía al jefe de la casa acompañado de su esposa y sus hijos, cumpliendo con la devoción de asistir a la misa del alba para quedar tranquilos durante el día.

Don Margarito López y su hermano Néstor, de los primeros fundadores del Barrio de San Marcos, vivían en la calle de Hebe (ahora Manuel M. Ponce) sus residencias eran de las mejores de la cuadra; en cantera rosa, decorada al estilo dórico y ricamente amuebladas. Se decía que eran los propietarios de las enormes hertas, las que casi daban al río de los Pirules. Su fama de adinerados se conocía por toda la Villa, así como de hombres piadosos y caritativos.

²⁸ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, Leyendas de Provincia, pp. 28-30.

El aparecido del chambingo
21,5 x 33,7 cm
Tinta china sobre papel
2016
Roberto Castro Fernández

Tenían la costumbre de invitar a varios amigos para platicar en la Sagrada Eucaristía y después de misa, que generalmente era en el Templo de Guadalupe (barrio pegado al de San Marcos), los invitaba a desayunar a su casa para intercambiar información del día anterior y después cada uno seguir sus labores. Esto lo practicaron por mucho tiempo, lo que se había convertido en una costumbre de la familia López.

Se cuenta que corría el año de gracia de 1860, era una lluviosa mañana de septiembre, cuando Don Margarito salió de su casa, pasó por su hermano Néstor y en el camino se les juntaron Don Lucas Infante con su familia y otras personas, los que iban a toda prisa porque la campana de la iglesia estaba dando la última llamada.

La esposa de Don Néstor estaba preocupada, comentó con sus amigas que su hijita seguía muy grave y que según el médico, sólo un milagro podría salvarla. Iba a la iglesia con gran fe para pedirle a Dios por su

pequeña Lupita, para que no se la llevara, porque era la alegría de su vida.

La caravana seguía caminando de prisa, todos iban alegres disfrutando del fresco de la mañana, de su olor a tierra mojada y de las bromas que entre los señores se hacían. Sólo la esposa de Don Néstor llevaba su pensamiento fijo a la niña que había dejado enfermita en su casa.

De pronto, al dar vuelta en una esquina, a unos cuantos pasos de la huerta que era de los señores Leos, se apareció un individuo alto, enfundado en un traje negro y con un chambergo de ala monstruosa. Al irse acercando al grupo, todos experimentaron un escalofrío tal, que comenzaron a temblar como hojas. Aquella figura, segundos más tarde, desapareció. En silencio llegaron al templo. Nadie se atrevía a hablar de lo que había visto. Una vez que terminó la misa, se despidieron del sacerdote y con excusas de no poder desayunar en la casa de Don Margarito López, cada familia se fue rumbo a su casa.

Al día siguiente se volvieron a reunir todos los amigos con su prole y juntos atravesaron la plaza de San Marcos para tomar la vereda “estrecha y tupida de mogotes que principiaba en la bocacalle de Rivera”, y en el mismo lugar, volvió a salir aquella extraña figura, que

dejó sin respiración a los paseantes, los que tranquilos se dirigían a participar del oficio religioso. Volvió a desaparecer. Y este encuentro se hizo cotidiano por un mes. Algunas personas ya no querían asistir a la misa del alba, pero las familias de Don Margarito y Don Néstor continuaron con su costumbre de años y a los pocos días todos reanudaron los encuentros mañaneros.

Ya se atrevían a comentar del extraño aparecido que como exhalación pasaba junto al grupo, sin decir una sola palabra. Algunos decían que era un hombre extravagante, un maníático que gustaba también salir a la hora del alba a tomar el fresco. Pero otros, no pensaban así, se atrevían a hablar del fantasma, de un alma en pena, los niños le decían El Aparecido de la Vereda. Pero todos en el fondo sentían temor de que fuera algo sobrenatural, aquella figura con monstruoso chambergo y enfundado en un extraño traje negro que le tapaba hasta el cuello, dejándole ver sólo los ojos redondos y negros como capulines.

Un día, en el mes de noviembre de ese mismo año, cuando el grupo presidido por Don Margarito iban rezando el rosario a la Virgen de Guadalupe (se acostumbraba rezar cuarenta rosarios terminando el día 12 de diciembre), cuando de pronto el aparecido no sólo pasó cerca

de ellos, sino que se paró y con una voz de ultratumba y dirigiéndose a Non Néstor dijo: “Túuuuu... Néestoor,... tienes... uuunna... eenffermmitaa... llévaamme... cooon ellaaa... yoo la curaaré...”

Al escucharse aquella voz, lanzaron gritos, corrieron en distintas direcciones y sin saber cómo llegaron al Templo de Guadalupe, oyeron la misa con gran devoción y al terminar fueron con el sacerdote a platicarle lo sucedido y pedirle un consejo ¿sería bueno regar agua bendita por todo el camino?, ¿podrían dar parte a la policía?

El capellán les aconsejó que accedieran a la petición de aquel hombre. Que a veces había cosas inexplicables y a lo mejor podría ayudar a la niña de Don Néstor que se estaba muriendo.

Haciendo alarde de machismo, los amigos de los señores López les ofrecieron acompañarlos al día siguiente, no así las señoritas y los niños, los que se habían enfermado del susto. Y por ningún motivo querían volver a pasar por las huertas del señor Leos. Al llegar al lugar señalado, se les volvió a aparecer el fantasma; al preguntarle a Don Margarito, si era de esta vida o de la otra, el hombre retrocedió dos pasos y dijo: “¡Mi deseo es curar a la niña!”

y sin decir una palabra más desapareció.

Después que regresó Don Néstor a su casa supo que aquel individuo se encontraba en la habitación de su hija. Decía un rezo muy largo con gran parsimonia y ademanes extraños, puso una mano en la cara de la pequeña, la que quedó estampada para siempre en ella. Poco a poco la hija de Don Néstor abrió los ojos, se sentó en la cama y pidió de comer. A los pocos días Lupita estaba jugando en el Jardín de San Marcos, con sus amiguitas como si nada le hubiera pasado, sólo en su carita tenía una marca como de dedos pintados.

Desde aquel día el hombre del monstruoso chambergó desapareció para siempre, pero la familia de los López siguió con sus costumbres de asistir diariamente a sus oficios religiosos, sólo que cambiaron de vereda, no volvieron a pasar más por la calle de Rivera, ahora su camino era la calle de Democracia (ahora Eduardo J. Correa) para así poder llegar al templo.

Aquel hecho insólito fue muy comentado no sólo en el barrio, sino en todo Aguascalientes, y todavía por el año de 1880 se hablaba de lo que les había sucedido a los López, pero ya se platicaba como una leyenda.

El espectro del cementerio

Guadalupe Appendini²⁹

El panteón, por el hecho de ser el lugar donde se entierran los cadáveres, es un sitio lúgubre, silencioso, que llena de espanto y pavor, como si alguien nos persiguiera; se volteara de reojo erizándose los cabellos de miedo.

Por esto, en los cementerios se enlazan tantas leyendas y los cuentistas sitúan sus relatos en tenebrosos Campos Santos para darles visos de terror a sus fantasías, y así tener temblando de espanto a su auditorio.

En el Panteón de Guadalupe en la Ciudad de Aguascalientes se han ubicado muchas historias, las que cuenta la gente y, tan sólo al pasar frente a él, se apodera de las personas un miedo, como si un muerto saliera a perseguirlas.

²⁹ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, Leyendas de Provincia, pp. 21-23.

Una de tantas leyendas que corren de boca en boca, es la que escribió el profesor Alfonso Montañez, en la que relata que el señor Jesús Infante un conocido cantero del lugar fue requerido por Don Carlos Espino para realizar un trabajo, para él muy importante, pues era terminar un monumento familiar en el panteón de Guadalupe, con la súplica que el trabajo debería ser terminado el día que le había fijado Don Carlos.

Don Jesús aceptó el compromiso e inició su labor dentro del cementerio, siendo más laboriosa la faena de lo que él pensaba. Se acercaba el plazo y el cantero estaba nervioso por saber que no sería posible terminar lo que le habían encomendado. Sólo quedaba un día y al ir por un andador a recoger un material escuchó ruidos extraños, volteó para ver si había alguna una persona, pero al sentirse solo se le enchinó el cuerpo y siguió escuchando un “trac, trac, trac”. Platicaba don Jesús que en aquel momento las piernas no le respondían, quería

correr pero no podía porque las extremidades inferiores las sentía de plomo. No pudo gritar, la voz no le salía y sintió que los pelos se le pararon como un resplandor. Miró hacia atrás y su sorpresa fue cuando vio un esqueleto que lo seguía y que moviendo las mandíbulas, las que sonaban al juntársele los dientes, clarito oyó una voz que le decía: “Compadécte de mis penas que me atormentan en el purgatorio, tengo muchos años sin descanso, pide a mi abuelo, padre de tu abuelo que los doce mil pesos en plata que están al pie de la alacena que está en la cocina, a vara y media de profundidad, te dé cien pesos, de los cuales darás cincuenta al padre de la iglesia para que me diga tres misas. Yo te recomendaré dándote el alivio de tu susto. Si no cumples con mi encargo, no sanarás”.

El pobre hombre no supo qué hacer, al ver al esqueleto caminando y meneando las mandíbulas con voz de ultratumba que se dirigía a él, pensó que iba a caer privado, pero sintió que una fuerza sobrenatural lo sostenía y, de pronto, pudo moverse y salir despavorido, sintiendo tras de él aquel esqueleto que parecía lo correteaba. Corriendo llegó a la puerta del cementerio, jurando no volver más a ese lugar y dejando toda su herramienta

cerca del monumento. Pero su responsabilidad fue más grande que su miedo y acompañado de un amigo, volvió al día siguiente para terminar con su compromiso.

El cantero platicó a su compañero lo que le había ocurrido el día anterior y los dos estuvieron trabajando, volteando para todos lados con el temor de que en cualquier momento se les fuera a aparecer el esqueleto que le había hablado y ellos cayeran privados de susto. Pero no fue así, durante el tiempo que permanecieron en el cementerio, no se escuchó ni el más leve ruido, todo era un “silencio sepulcral”.

Don Jesús comenzó a estar muy enfermo, un temblor como de frío se apoderaba de él y las piernas poco a poco se le fueron paralizando, al grado que no pudo caminar más. Traía en la mente lo que le había pedido el esqueleto que lo persiguió por el panteón de Guadalupe, lo que no lo dejaba estar sosegado ni de noche ni de día. Habló con un pariente, le contó lo sucedido y en una silla de ruedas lo acompañó a sacar el “entierro”, pidiéndole el dinero para mandar decir las misas que el difunto necesitaba para poder salir del purgatorio. Quería hacer el encargo antes de morir, pues realmente se sentía muy enfermo.

Después de haber cumplido lo que le había indicado la calavera, Don Jesús comenzó a sentir alivio. Poco a poco empezó a sentirse mejor hasta haberse recuperado totalmente.

Aquel suceso que le ocurrió le había dejado una huella profunda y cada vez que tenía oportunidad lo contaba a sus amigos. En una ocasión que se lo refirió a un pariente lejano, este le dijo: “Hace muchos años le pasó lo mismo a Joaquín Sánchez, cuando fue a visitar la tumba de su madre al panteón de Guadalupe. Al escuchar Joaquín que un esqueleto se acercaba a él y que de las mandíbulas salía una voz de ultratumba,

salió despavorido saltando por la pared del cementerio y como un loco furioso llegó a su casa. Platicó a su mujer lo que le había pasado y desde ese día comenzó a estar enfermo. Sólo que a él, no sólo se le paralizaron las piernas, sino que quedó “lelo”, perdió el habla y al poco tiempo falleció”.

La historia del esqueleto del cementerio era conocida por todo el lugar. No se habló de otra cosa en mucho tiempo. Fue una de las tantas leyendas que corrieron por Aguascalientes en el siglo pasado y que todavía se cuenta en el barrio de Guadalupe, al hablar de aquel cementerio.

El Fantasma del Jardín

Guadalupe Appendini³⁰

Se cuenta que en el Jardín de San Marcos existe un fantasma que al alba se pasea por el lado Norte, llega a la puerta de la iglesia, donde ora por unos minutos y desaparece. Aún en nuestros días persiste esta creencia, por lo que muchas personas se rehusan a atravesar el Jardín a altas horas de la noche, ya que el mito se ha venido transmitiendo de padres a hijos.

Aunque se sabe que un espíritu sale todas las noches y recorre el jardín —según la tradición—, no se conoce el origen de esta leyenda que tiene más de un siglo que se comenta. Según el profesor Montañez, por el año de 1851, llegó a la ciudad de Aguascalientes un grupo numeroso de personas procedentes de Guadalajara, invitado por Don Mariano Camino, iniciador de

³⁰ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de Provincia*, pp. 19-21.

la primera Exposición de Industria, Artes, Agricultura y Minería que se verificaba en las Fiestas Sanmarqueñas de ese año.

Don Felipe Rey González fue uno de los que llegaron a probar fortuna, familiar de Luis González, uno de los primeros colonos de El pueblo —como se llamó por mucho tiempo al barrio de San Marcos— y por tener un pariente pensó le sería más fácil establecerse en ese lugar. Se inició con una pequeña tienda durante la feria y como tuvo éxito, no dudó en comerciar en abarrotes y radicar por una temporada en esa Villa.

Como en todo negocio al principio le fue difícil, pero poco a poco se fue dando a conocer, ya había reunido ocho mil pesos que sumados a su capital le daban cuarenta mil, pensó vivir definitivamente en Aguascalientes. En la calle de Flora, al lado norte del jardín construyó su casa, la que por muchísimos años ocuparon los descendientes del señor González.

Dice la leyenda, que también en el siglo pasado había amigos de lo ajeno y que Don Felipe González, temeroso de que alguien le fuera a robar su capital—que ya había aumentado, pues también se dedicó a comprar alhajas así como oro macizo—pensó que en su casa no estaría seguro su tesoro por saber la gente de Don Felipe Rey González tenía mucho dinero y que compraba oro así como joyas.

Varias noches no durmió pensando en dónde guardaría su dinero. No lo comentó ni con su mujer por el miedo que tuviera alguna indiscreción con alguien y pensó que el lugar más seguro sería el Jardín de San Marcos. Nadie iba a pensar que en ese lugar se enterrara un tesoro y mucho menos escarbarían para buscar dinero.

Y al pie de un gran fresno, entre un gran bosque de rosales, en el ángulo norte y oriente del jardín, una noche oscura, aluzado únicamente por una vela de sebo, la que se le apagaba a cada instante por el aire, Don Felipe enterró una caja de lámina y madera, de buen tamaño, en donde había depositado su tesoro.

El señor González, que aún tenía su negocio, con frecuencia pasaba frente a su entierro, invitaba a sus

amistades a tomar el fresco en el jardín, y se sentaba en la balaustrada frente a su caudal de dinero enterrado. Invitaba a sus amigos a charlas, a jugar albures —haciendo apuestas fabulosas— o de perdida entretenerte con la matatena.

Así pasó algún tiempo. Un día, un grupo de amigos de Don Felipe comenzaron a jugar albures. Todo era alegría y entusiasmo. Pero según el relato, alguien hizo una trampa y comenzó el jaleo, hubo insultos, gritos y de pronto, salieron a relucir las pistolas y sin más, se escucharon varios tiros, la gente se dispersó despavorida; a un hombre que corría por la esquina de Flora y Rivera le alcanzó un tiro que lo dejó instantáneamente muerto. Dos más fueron heridos gravemente. Don Felipe Rey González palideció ante aquel zafarrancho y no supo qué hacer. Aterrado volteaba a ver su tesoro, e inmóvil permaneció un rato en ese lugar, hasta que llegó la policía y se lo llevaron preso hasta que se aclarara aquel pleito donde había un muerto y dos heridos.

Durante algún tiempo Don Felipe estuvo preso, una de sus más grandes preocupaciones era el “entierro” que tenía en el Jardín de San Marcos, del que nadie sabía. Aquello lo hizo enfermarse gravemente. Tenía

una pena moral que nadie conocía y que lo estaba acercando a la tumba. El señor González se encendió a la Virgen del Pueblito. Le ofreció parte de su tesoro, así como una misa solemne de tres padres, orquesta y cohetes, si salía de aquel tormento y continuaba con su vida normal ya que él no había sido culpable del pleito entre sus amigos.

Un buen día, sin más ni más, le notificaron a Don Felipe Rey González, que salía por falta de méritos. No lo podía creer. Se pellizcaba para ver si no soñaba y al estar frente a la puerta de salida del reclusorio y ver a su familia y amigos no pudo más que ponerse a llorar.

Antes de llegar a su casa pidió bajarse en el Jardín de San Marcos, caminó por el lado norte hasta llegar a su rosal consentido —en donde estaba enterrado su tesoro— para después disponerse a llegar a su casa, donde le esperaba una fiesta que le habían organizado sus amigos.

Al pasar los días de euforia, tranquilidad y alegría, Don Felipe continuó en su vida cotidiana. Hablaba de lo bien que le hacía caminar por el Jardín, sentarse en la balaustrada a recibir el fresco y escuchar el trino de los pájaros y los amigos que llegaban a jugar albures en

aquel lugar de reunión que había hecho don Felipe Rey González.

Pasado algún tiempo, el señor González volvió a estar muy enfermo. No “levantaba la cabeza”, lo único que lo hacía “revivir” era dar una vuelta por el jardín, lo que pedía mañana y tarde. Pero llegó el día que el pobre hombre no pudo caminar, perdido el aliento hasta para hablar, así se le fue apagando la vida. Antes de morir quiso hablar con su mujer, pero ya no pudo, le señalaba el jardín y el templo, pero nadie entendió lo que era su última voluntad. El ofrecimiento que le había hecho a la Virgen del Pueblo nunca lo cumplió y con ese remordimiento se fue a la tumba.

Según la leyenda, nadie supo del tesoro, no se sabe si alguien lo encontró o todavía se encuentra sepultado en ese lugar, pero sí que después de su muerte, los vecinos aseguraban que se aparecía todos los días, a la misma hora en el Jardín de San Marcos. Que se le veía caminando por el lado norte, llegaba a la puerta de la iglesia de San Marcos y desaparecía. Y así nació la conseja de “El Fantasma del Jardín”, de la que todavía se habla.



La Llorona

Guadalupe Appendini³¹

La Llorona, la mujer fantasma que recorre las calles de las ciudades en busca de sus hijos, también llegó a la Villa de la Asunción de las Aguas Calientes.

Este personaje de leyenda, cuya presencia atemoriza no solamente a los niños, sino también a las personas mayores, es conocido de Sonora a Yucatán, y en cada lugar el ingenio de los cuenteros le dan distinto enfoque, diferente sabor y se ha convertido en una de las fábulas más socorridas y obligada cuando una persona relata estos “cuentos”, sucesos o fábulas.

“La Llorona” es una de las leyendas que se cuenta desde el tiempo de la Colonia y hasta nuestros días sigue teniendo vigencia, no sólo entre los niños, sino también los mayores, que muchos de ellos juran y per-

³¹ Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de Provincia*, pp. 57-59.

juran que han visto a La Llorona; sus traumas afloran contando historias fantásticas de este personaje.

En Aguascalientes también es conocida La Llorona. Todas las generaciones saben de su existencia, de la mujer enlutada que aparece por las noches, cruza las calles dando hondos gemidos y gritos, haciendo temblar al más “pintado”. Ella desaparece con el alba. Esta leyenda es conocida desde tiempo inmemorial, la mujer que cruza las arterias gritando: “¡Ay mis hijos! ¿dónde estarán mis hijos?”, siendo el azote de los trasnochadores.

En nuestra tierra la historia cuenta que una mujer de sociedad, joven y bella se casó con un hombre mayor: bueno, responsable y cariñoso, que la consentía como una niña, su único defecto, que no tenía fortuna. Pero él sabiendo que a su joven mujer le gustaba alternar en la sociedad y “escalar alturas”, trabajaba sin descanso para poder satisfacer las necesidades económicas de su esposa, la que sintiéndose consentida despilfarraba

ba todo lo que le daba su marido y exigiéndole cada día más, para poder estar a la altura de sus amigas, las que dedicaban tiempo a fiestas y constantes paseos.

Marisa López de Figueroa, tuvo varios hijos, estos eran educados por la servidumbre, mientras que la madre se dedicaba a cosas triviales. Así pasaron varios años, el matrimonio Figueroa López tuvo cuatro hijos y una vida difícil, por la señora de la casa, que repulsaba el hogar y nunca se ocupó de los hijos.

Pasaron los años y el marido enfermó gravemente, al poco tiempo murió, llevándose “la llave de la despesa”, la viuda se quedó sin un centavo y al frente de sus hijos que le pedían que comer.

Por un tiempo la señora de Figueroa comenzó a vender sus muebles, sus alhajas, con lo que la fue poniendo. Pocos eran los recursos que le quedaban y al sentirse inútil para trabajar y sin un centavo para mantener a sus hijos, lo pensó, lo pensó mucho, pero un día los reunió diciéndoles que los iba a llevar de paseo al río de los Pirules. Los chamacos saltaban de alegría, ya que era la primera vez que su madre los llevaba de paseo al campo. Los subió al carro y salió de su casa “alas voladas”, como si trajera gran pisa por llegar. Llegó al

río, que entonces era caudaloso, los bajó del carro, que ella misma guiaba y fue aventando uno a uno a los pequeños, que con las manitas le hacían señas de que se estaban ahogando. Pero ella, tendenciosa y fría, veía cómo se los iba llevando la corriente, haciendo gorgoritos el agua, hasta quedarse quieto. A sus hijos se los llevó la corriente, en ese momento ya estarían muertos.

Como autómata se retiró del lugar, tomó el carro, salió como “alma que lleva el diablo”, pero los remordimientos la hicieron regresar al lugar del crimen. Era inútil, las criaturas habían pasado a mejor vida. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se tiró ella también al río y pronto se pudieron ver cuatro cadáveres de niños y el de una mujer que flotaban en el río de los Pirules.

Dice la leyenda que a partir de aquella fecha, a las doce de la noche, la señora Marisa venía de ultratumba a llorar su desgracia: salía del cementerio (en donde les dieron cristiana sepultura) y cruzaba la ciudad en un carro, dando alaridos y gritando “¡Ay mis hijos!” ¿Dónde estarán mis hijos? y así hasta llegar al río de los Pirules en donde desaparecía.

Todas las personas que la veían pasar a medianoche por las calles se santiguaban con reverencia al escuchar

sus gemidos y gritos. Juraban que con la luz de la luna veían el carro que conducía una dama de negro que con alardos buscaba a sus hijos. Las mujeres cerraban los visillos, y al trasnochador que venía con copas, hasta la borracha se le quitaba al ver aquel carro que conducía el espectro de La Llorona (como le había puesto la gente), del carro salían grandes llamaradas, se escuchaba una largo y triste gemido de una mujer: un esqueleto vestido de negro que guiaba el carro, jalado por caballos briosos. Claramente se escuchaba su grito “¡Ay mis hijos! ¡Dónde estarán mis hijos!” y un llanto lastimero que hacía temblar a quien lo escuchaba.

Un día, cuatro amigos, haciendo los valientes quisieron seguir al carro que corría a gran velocidad por céntrica calle de Aguascalientes, tomaba por Carrillo Puerto (entonces la Merced) después por Guerrero para

luego seguir por la calle de Nieto, que directamente daba al río de los Pirules. Ellos la seguían, temblando de miedo, pero dándose valor con las copitas. Al finalizar la arteria de Nieto, dio un último grito de tristeza y dolor “¡Ay mis hijos!” y desapareció con todo y carro.

Por mucho tiempo la llamada Llorona tuvo atemorizados a parroquianos de esta Villa, los que se encerraban a piedra y lodo, y nunca salían a la medianoche a la calle. Algunos gustaban platicar de muertos, aparecidos y vivos que asustaban a los niños con tenebrosos relatos, al paso de La Llorona.

Pero poco a poco se fue calmado el temor, y como la historia se fue platicando a las generaciones venideras, terminó por ser una sabrosa leyenda. El origen de la fábula de La Llorona dicen que tuvo lugar en el tiempo de la colonia, según algunos escritores.

Tragedia



Don Antonio recordando el barrio de San Marcos
21,5 x 28 cm
Tinta china sobre papel
2016
Guillermo Hernández

El encapuchado del jardín

Guadalupe Appendini³²

Aunque la vida moderna es más práctica y la televisión es una de las principales diversiones en los hogares, aún existen personas que gustan de la conversación y se dan sus tiempos para platicar en familia y disfrutar del sápi-do cuento, del fantasioso relato que hacían los mayores, dejándonos la obligación de seguirlo trasmitiendo ya que es parte de la historia de nuestro pueblo.

Don Antonio Romo Gutiérrez, una de las pocas per-sonas que nacieron en el siglo antepasado y que aún viven, con una mente muy lúcida y con gracia única para platicar las leyendas de Aguascalientes, nos narró una historia que su nana, que se llamaba Minina, les platicaba a él y a sus hermanos cuando eran niños.

A principios de siglo la vida de la ciudad era muy tranquila, no había automóviles y sólo existían en el

³² Guadalupe Appendini, *op. cit.*, *Leyendas de Provincia*, pp. 14-17.

“sitio” carros de mulas o caballos guiados por su propio carro o “volantas” con los que se transportaban a sus haciendas, por tal motivo se veían algunas en las calles.

Don Ampelio, así se llamaba uno de los cocheros de su casa, al ver que su padre le tenía más confianza, era el encargado de llevar a la muchacha a El Niágara, nombre de la Hacienda de Don Salvador H. Romo, du-rante las vacaciones.

En una ocasión, cuando ya estaban listos para em-prender el viaje cada uno de los muchachos con su ami-go invitado y sus “pultracas”, y con bolsas de toda clase de golosinas para disfrutarlas en vacaciones, en vano esperaron la llegada de Don Ampelio.

Ya habían salido varios carros con enseres para la casa de la hacienda, víveres y medicinas, también iban las personas mayores que disfrutaban de dos meses del solaz, mientras los hijos se entretenían montando a ca-ballo, bañándose en el río, yendo a la huerta a cortar

fruta, en fin, con todas las diversiones que tiene una hacienda y que se disfrutan en compañía de amigos y parientes.

Pero Don Ampelio no aparecía. Llegó la noche y la chiquillada se quedó dormida encima de sus bultos, cansada de tanto esperar al conductor que los llevaría a la hacienda. Ya muy entrada la noche se regresó de El Niágara Don Salvador con pendiente de que algo le hubiese pasado a los niños que llevaría Don Ampelio y vio con sorpresa aquel cuadro de criaturas. Como ya era tarde no pudo ir a buscar a Don Ampelio, al que seguro algo le había pasado ya que era un hombre cumplido y de toda su confianza.

Muy temprano fue a buscarlo a “el pueblo”, como se llamaba al barrio de San Marcos, donde Ampelio vivía y se encontró con que el hombre estaba “pasmado”, con los ojos pelones y sin poder hablar. Le dijo a su mujer que la tarde anterior había salido para la casa de Don Salvador porque iría al Niágara, y que al poco rato regresó corriendo, blanco como un pambazo crudo, con la cara de “lelo” y los ojos saltados, sin poder hablar.

Don Salvador preocupado se regresó a la hacienda con los muchachos, a los ocho días llegó Don Ampelio

muy delgado pero ya recuperado de su mal. Les platicó que un fraile encapuchado y con una calavera en la mano había salido del templo de San Marcos y lo había correteado por todo el jardín, mientras con una voz cavernosa le gritaba que se lo iba a llevar al infierno, vociferaba que era un fraile de ultratumba, encargado de cargar con hombres malos. Dijo Don Ampelio que no supo más, perdió el sentido y un amigo que pasaba por el jardín, arrastrando lo había llevado a su casa.

Minina, la nana de los Romo Gutiérrez, les platicó una historia que ella sabía al respecto. Y estando todos reunidos en una de las salas de la hacienda hizo este relato.

Durante la Feria de San Marcos (que se celebra precisamente alrededor del jardín), llegaba tanto la aristocracia de Aguascalientes, así como las personas más modestas y la gente de pocos recursos, todos por igual se divertían, asistían a fiestas y desórdenes, y muy pocos concurría a los oficios religiosos en la iglesia de San Marcos. Pasando la feria, como para imponer silencio a todo el bullicio del mes anterior, un hombre de ultratumba vestido de fraile, con un quinqué con vela y una calavera, recorría el jardín dando bendiciones como

Don Ampelio y el encapuchado
21,5 x 28 cm
Tinta china sobre papel
2016
Guillermo Hernández





La palomilla y el encapuchado
21,5 x 28 cm
Tinta china sobre papel
2016
Guillermo Hernández

queriendo borrar el escandaloso bullicio. Los vecinos de las casas de alrededor veían por la celosía de las ventanas aquella figura que los llenaba de espanto. Todo el mundo hablaba de aquel monje encapuchado, se hacían miles de conjeturas y desvanecían su miedo rezando un Ave María por el descanso de aquella alma en pena.

Contaba Minina que todo el mundo conocía esa versión del monje encapuchado, y que para asustar a los niños les decía: "Va a venir por ti el monje encapuchado". Al verlo pasar, muchas personas cerraban los ojos y decían: "Ojos que no ven miedo que no se siente".

Pero cuando alguna persona pasaba por el jardín a cierta hora, aquel encapuchado la seguía, algunas veces les decía de groserías y muchas otras le grita: "¡Pecador, maldito pecador te vas a ir al infierno!" La gente rodeaba el jardín yendo por otras calles hacia sus casas del puritito miedo.

Aquella historia llenó de pavor a los oyentes, porque la nana aseguró que por esos días todavía se paseaba el fantasma vestido de fraile, seguramente había sido que se le había aparecido a Don Ampelio. Nos contó Don Antonio Romo que después de haber escuchado aquel relato, él —que era de los mayores— con un gru-

po de amigos idearon ir a buscar al fantasma. Pero todo quedó en pláticas. Disfrutaron de sus vacaciones y al regresar a Aguascalientes tenían el gusanillo del Encapuchado del jardín junto al señor Galván, (un amigo a quien así le decían) y otros tres amigos, se pusieron de acuerdo en desafiar al monje que se dedicaba a asustar a los transeúntes y decirles de groserías.

Así lo hicieron y un día, cuando empezaba a pardear la tarde, se introdujeron al jardín, uno se fue por las puertas para sorprender al espanto por todos lados. Lo vieron venir con su vela y calavera, mientras uno le daba una patada, el otro le quitaba la capucha y uno más le arrebataba la calavera. Sin poderse defender, gritaba el encapuchado: "¡Desgraciados, malditos se los va a llevar el diablo!", y cuál sería su sorpresa que aquella alma en pena, no era otro que Pedrito, el sacristán de la iglesia quien tenía mucho tiempo de haber encontrado la manera de divertirse, asustando a los vecinos de San Marcos y a los pobres borrachitos que pasaban por el jardín, así como a personas que no conocían la historia del encapuchado.

Desde aquel día no se volvió a aparecer el encapuchado del jardín, y aunque la "palomilla" de Don Anto-

nio y sus amigos esparcieron por donde quiera lo que había ocurrido, nadie les creyó y la leyenda del encapuchado del jardín a la fecha se sitúa dentro de los sucesos ocurridos en Aguascalientes.

Existen personas que todavía hablan del fraile que se aparecía en el jardín y algunas muy nerviosas juran que alguna vez lo vieron. Así es como crecen los rumores y se convierten en leyendas que se llegan a contar bajo juramento.

En la noche de San Juan, se dice que se escucha el sonido de un fraile caminando por el jardín. Algunas personas dicen que se escucha la voz de un fraile cantando una misa.

El Caporal Ardilla

Elías L. Torres³³

Se tendían perezosamente desde los límites de la pitoresca Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguascalientes, hasta perderse, leguas adentro, en las cercanías del Real de Zacatecas, las vastas propiedades de los Marqueses de Guadalupe. Los ricos señores rara vez cabalgaban por ellas, porque eran tan grandes, tan desiertas y tan erizadas de peligros, que sólo las cruzaban, de vez en cuando, partidas de chichimecas que en furia homicida, asaltaban los pequeños poblados de españoles, matando sin piedad y llevándose, en las grupas de sus caballos, desmayadas y pálidas, a las mujeres de los colonos que escapaban con vida en la hecatombe.

Las casas principales de la Villa se levantaba a lo largo de la calle del Apostolado, por cuyo centro corría

³³ Elías L. Torres, “El Caporal Ardilla”, en: José Aguilar Reyes, compilador, *op. cit.*, 35 *Leyendas de mi Provincia*.

cristalina, cantando a la vida como monorrítmico son, el agua de los manantiales del Ojo Caliente, que iba regando a su paso las espléndidas huertas de la Villa que fundara, entre otros, el recio doncel don Juan de Montoro y seguía hasta el pueblo de indios, que se llamó de San Marcos, para estancarse allí, formando un pequeño lago, como en rebelde protesta de perderse en el río, sin fecundar la tierra donde nació.

En esa calle levantó doña Guadalupe Ortega y Gallardo una coqueta casa, la primera de los marqueses de la Villa, cuya inmensa huerta cercaban los membrillos y sombreaban los perales, cuajados de fruto por agosto y perfumaban todo el año los rosales, que con estupenda exuberancia crecían silvestres.

Era sirviente de la casa un joven criollo que se hacía querer, no sólo por la gracia de sus modales, su incansable voluntad de servir, sus finas maneras, sino también porque era cosa sabida y no callada, que si cuando niño

lo habían llevado a la Villa de la Asunción, era porque él constituía la prueba viviente de una aventura galante del Conde de Santiago, con una dama encumbrada y poco honesta.

Era el joven criollo, que llevaba el nombre de José de Altamirano y Ardilla, el encargado no sólo de la casa en las largas ausencias de la familia, que sólo iba de verano a la Villa de las Aguascalientes, sino de las tierras también, que ociosas y despobladas, se extendían, como llevó dicho, hasta las cercanías del real de Zacatecas. Cada vez que los marqueses llegaban, veían con sorpresa, no nada más el progreso de sus propiedades, sino que el joven iba tomando el aspecto altivo y noble de la sangre que llevaba y él no era menos en notar que una de las hijas de la señora Ortega y Gallardo se había transformado, de la traviesa chiquilla que corría por la huerta, cogiendo mariposas y arrancando flores, en una gentil señorita, hermosa y apuesta, que le hablaba por su nombre y con tal gracia que era para él, su voz, más linda que el canto de los gorriones pechi-rojos, que desgranaban la sinfonía de sus amores en los alto de los perales.

Coincidio con una de las estancias de los marqueses la enésima incursión de los chichimecas a las tierras del

Marquesado, llevándose todas las reses que había y perdiéndose, con su botín, en la sierra de Pabellón, con rumbo a sus ignoradas madrigueras. La familia se dolía de la pérdida tan grande y eran duros sus cometarios, no sólo contra el Gobernador de la Provincia de Nueva Galicia, de quien por aquel entonces dependía Aguascalientes, sino hasta contra el Virrey, que no enviaba las tropas necesarias para meter al orden a la incansable tribu chichimeca.

Una noche, nuestro joven criollo hizo invocación al diablo:

—Dame poder —le dijo, para todo lo que quiera y mi alma será tuya.

—¡Aceptado! —dijo una voz que entró como relámpago, luminosa y vibrante, por la estancia de José y aquella noche quedó cerrado el pacto. Ardilla pondría a prueba, en su apuesta singular, la destreza del demonio y si éste ganaba obtendría, como victoria, el espíritu del criollo.

—Señora —dijo al día siguiente a la Marquesa de Guadalupe— voy en busca de ganado que se han llevado los indios y algo más que habré de quitarles, porque no es justo que tan buena dama se la despoje en esa forma. Y hablaba así, porque la apuesta era con el diablo, que a las cinco de la mañana, la hacienda de Pabellón

debería estar repleta de ganado, sin que hubiera potero, ni ladera, ni quebradura, ni bosque, que al salir el sol no lo saludara el mugir de las reses o el balar de los corderos, blancos como copos de nieve, triscando la yerba de los campos.

Así sucedió, sólo que la astucia del Caporal Ardilla, dice la leyenda, le sugirió la idea de ordenar que se pusieran algunas cruces en ciertas cementerias y era natural que el diablo no pudiera pasar por allí para poblarlas de ganado, perdiendo así la apuesta. En esa forma recuperó el ganado perdido y mucho más, según ofrecimiento del Caporal, se salvó su alma de perdida segura y acrecentó en la familia de los marqueses el cariño que le tenían y más en aquella muchacha, de quien estaba ya enamorado, cuya voz, cuando le hablaba por su nombre, era para Ardilla más linda que el canto de los gorriones pechi-rojos, que desataban la sinfonía de sus amores en lo alto de los perales. Pero el diablo no podía conformarse con esa burla y le habló en esa forma al astuto Caporal:

—Tú estás enamorado de la Marquesita, pero difícil será tu unión, pobre sirviente que eres, con tan encumbrada virgen, renovaremos la apuesta: ¡tu alma por su amor!

—Aceptado —dijo Ardilla—. Si veinte almas tuvieras, veinte habría de darte, por tenerla en mis brazos y besarla en los labios siendo mía.

Una rara transformación se operó en la Marquesita, no menos que en Ardilla. Buscábala él con ahínco y ella se dejaba ver. Iban con frecuencia por la huerta, como en los tiempos de su niñez, siguiendo mariposas y cortando flores y siempre había algún lugar de descanso que alegraban las miradas amorosas de la Marquesita o las frases fanfarronas del Caporal. Otras veces cabalgaban por aquellas tierras de los marqueses que, gracias a las continuas peticiones de Ardilla al diablo, ya no se tendían infecundas y solas, hasta perderse en las cercanías de Zacatecas, sino que ahora eran capos de trigales que parecían un mar de oro o tierras de maizales que agitaban sus espigas amarillas, como saludando grácilmente, a la gentil pareja.

En las laderas, junto al río y al pie de las montañas, habían surgido, como por encanto, las rancherías de niños robustos, de mujeres limpias como el agua del río, de gallinas que cloqueaban saliendo de sus escondrijos para anunciar la eterna reproducción y de perros que, aunque bravos y furiosos con los extraños, salían al encuentro de la pareja, meneando la cola con alegría.

Pero pasó el verano y la marcha de la familia se hizo necesaria. Volvía a la metrópoli, más rica y más contenta, sólo la Marquesita se marchaba triste; dejaba en su casa del Apostolado el complemento de su vida. A poco cayó como bomba la noticia en Aguascalientes, la Marquesita entraba a un convento en México, después de haber rehusado a casarse con el Conde del Valle de Óptala y por la imposibilidad absoluta de contraer nupcias con el Caporal Ardilla, que si bien era un grande y buen servidor de la familia, llevaba la mancha de una vergonzosa bastardía. Con esto el diablo perdió de nuevo, pero con amarga tristeza de José. De allí que por la noche en el acostumbrado diálogo que con él sostenía, hubiera una final transacción:

—Mi alma te pertenece —le decía Ardilla— Me he valido de infinidad de medios para engañarte y hacerte perder las apuestas que hemos cruzado, pero todo esto por el intenso amor, por el infinito amor que le tengo a la Marquesita. Tú has visto que nada he podido para mí, sino su amor. Todo ha sido para acrecentar sus bienes, aumentar su riqueza, rodearla de felicidad y de contento. El enorme sacrificio que he hecho ha sido todo por ella...

—¿Qué es ella? —preguntó Lucifer.

—Que la vea unos cuantos momentos, media hora nada más, una hora si es posible.

—Mañana te espero a las cinco, antes de la salida del sol, en el paso del Ojo Caliente.

El resto de la noche Ardilla no durmió y muy temprano se escuchó el golpe de los cascos de su caballo en las piedras del camino, repercutido, agrandado, centuplicado por el eco, que parecía que le iba desenvolviendo por los montes y las llanuras. De pronto en la incierta obscuridad del amanecer, el caballo se detuvo, levantó las orejas, es- pantado y clavó en un rincón del camino su mirada escudriñadora. Ardilla miró también y de un salto brincó del caballo sobre una piedra le esperaba de pie, la Marquesita, con los brazos tendidos hacia él, cariñosa y sonriente.

Ya entrado el día, un pastor acertó a pasar por esta rinconada del camino, se encontró, con espantoso asombro, incrustado en las rocas, al Caporal Ardilla y su caballo. Dio voces, vinieron gentes y con duros trabajos desencajaron de la roca al atrevido criollo, dejando es-

tampada en ella, tal como hasta nuestros días se ve, la silueta del jinete y su cabalgadura. Ardilla sobrevivió unos cuantos minutos, los necesarios para que se supiera que ya había echado a la grupa de su caballo a la Marquesita, para irse a desposar con ella, en la iglesia más cercana, burlándose por la enésima vez de sus pactos con el diablo; cuando éste hizo desaparecer a la doncella y levantado en vilo al Caporal, lo estrelló contra la roca, con fuerza tan grande, que lo hundió en el pórfido, como si fuera barro deleznable.

Ardilla, después de revelar eso, cerró los ojos y en el lúgubre campanilleo de la agonía, le pareció oír la voz de oro de su amada, más dulce que el canto de los gorrones pechi-rojos, que desgranaban la sinfonía de sus amores en lo alto de los perales.



La ChinaMulata

Alfonso Montañez³⁴

Hace muchos años vivía por la calle de la Alegría una mujer de nombre Hilaría Macías, de modesta posición, honrada y buena muchacha de unos veinticinco años de edad. Llevaba siempre a cada hogar el consuelo y en cada casa se decía algo bueno de Hilaria.

Vestía a veces un hermosos zagalejo y su rebozo de bolita, su pelo era enteramente chino y se dedicaba a atender un pequeño comedor cobrando a los clientes por almuerzo, comida o cena, el módico precio de medio.

Corriendo el tiempo, un individuo de pésimos antecedentes, de los malditos del barrio de Triana, renombrado por sus hazañas, feo en grado superlativo, prieto, cacarizo y por añadidura presumido, se enamoró de

³⁴ Alfonso Montañez, "Leyendas, tradiciones y habilllas" en: Antonio Acevedo Escobedo, *op. cit.*, *Letras sobre Aguascalientes*, pp. 328-329.

nuestra apuesta chinita. Pero ésta no correspondió a sus ruegos y desesperado el individuo buscaba la ocasión para raptarla.

Temerosa Hilaria de algún atropello de parte de aquel individuo, hizo confesión de su apuro al señor cura de la Parroquia del Encino, quien le aconsejó que dijera a aquel hombre que se presentara en el curato al día siguiente a las nueve de la mañana para amonestarlo y decirle lo que debía hacer.

"El Chamuco", que bien conocido era por este apodo en todo el barrio, se presentó ante el señor cura, quien le propuso una ocurrencia extravagante, diciéndole:

—Mira, "Chamuco" pide a Hilaria un rizo de su pelo. Si lo enderezas en el término de quince días, te aseguro la mano de la China.

—Señor cura —contesta "El Chamuco", si no me concede una palabra, ¿me concederá un rizo? Eso es imposible.

—No —le contesta el señor cura—, yo me encargo de todo. Ve en paz, Dios te bendiga.

A ruegos y súplicas aquel hombre pudo conseguir el deseado rizo y desde luego puso a enderezarlo, después de algún tiempo no pudo lograr su empeño y, desesperado, se resolvió a hacer un pacto con el diablo ofreciéndole su alma en recompensa si lo sacaba de aquel apuro.

El diablo se puso en obra un día y otro día, pero en vano, no pudo enderezar aquel porfiado rizo y encorajina-

nado lo arrojó a la cara de su camarada dejándolo más feo y repugnante que antes, el diablo voló por los aires dejando un fuerte olor a azufre por todo el barrio de Triana y quedó aquel hombre asustado y loco por toda la vida.

Cuentan que después le preguntaban sus amigos cómo le había ido en su empresa y contestaba en voz alta, locamente y asustado: “¡De la China Hilaria!” Expresión que sirvió después para significar un disparate.



*Raíces*

14,5 x 14,8 cm

Técnica mixta

2016

Iztheni Hernández

Biografía de una ciudad

Mario Mora Barba³⁵

¡Oh, Señor! nosotros no tomamos jamás los trenes que pasan. Su humo, su vapor, commueven hasta la vida de la vida y por eso elevo hacia vos los brazos que se tienden, que se alargan. Señor, ¡qué alto soy! ¡Cómo me alargo! ¡Cómo me elevo! ¡Cómo asciendo hacia vos!

“El Diamante” era sólo un recuerdo.

El enorme caserón hueco, vacío, erguía su inútil mole, como un fantasma, frente a la estación de los ferrocarriles. Poco a poco la pintura de las paredes se fue derrumbando. Las ratas invadieron los silos, que almacenaron miles y miles de toneladas de maíz.

Las arañas tejieron redes sutiles de un sitio a otro y los grillos multiplicaron su estridencia por todos los rincones. La yerba comenzó a invadir la espuela ferro-

viaria. Se convirtió en “El Diamante”, un refugio más para “la Bruja Petra”, mujer que impresionó a Manuel Múzquiz Blanco en su infancia. Ahora lo intrigaba.

Petra y su apariencia astrosa eran populares en los talleres. Tenía realmente el aspecto de una bruja. Mil leyendas corrían en torno a su persona y algunos aseguraban que tenía pacto con el diablo. Los trabajadores nocturnos afirmaban que volaba en una escoba. No era cierto, pero ninguno hubiera querido encontrársela de noche. Le achacaban la desaparición de varios niños que, decían, había secuestrado para entregarse con ellos a quién sabe qué misterioso rito en su nunca localizada guarida.

Al atardecer, se perdía en cementerio de furgones viejos y locomotoras oxidadas que iban a convertirse en “chatarra”. Un día apareció entre las vías, para no irse jamás. Los viejos trabajadores decían que había sido bonita en su juventud, pero ahora nadie lo diría y costaba trabajo “creer tanta belleza”.

³⁵ Mario Mora Barba, “Sinfonía de Vapor, Biografía de una Ciudad”, en: *Exedra*, enero de 1994, Año 1, Núm. 11, pp. 31-32.

La versión más probable de su origen y con mayores visos de verdad, era que había arribado en el tren número ocho, procedente de un estado fronterizo. Se había fugado con su novio, quien sólo disfrutó de una noche de amor y la abandonó en Felipe Pescador. Allí, por despecho, ella se entregó a todos los de “La Casa Redonda”. Luego siguió su viaje hasta Aguascalientes, en donde se apeó como quien llega a su punto de destino. Lloró al llegar, luego se puso terriblemente seria y aseguraban algunos que nunca había vuelto a sonreír.

Recogía todo lo que encontraba tirado cerca de las vías. A veces pasaba junto a los trabajadores a la hora del “lonche” pero jamás aceptaba las limosnas o los alimentos que le ofrecían. Soportaba algunas chufletas y bromas, pero cuando las burlas tocaban los linderos de lo sangriento, ponía una expresión atroz y lanzaba una mirada tremenda, suficiente para contener las puyas.

Se quedaban todos comentando sobre la familiar figura. Lo menos que decían era que llevaba junto al flácido seno, billetes de veinte, cincuenta y cien mil pesos. Que en su misterioso refugio tenía verdaderos tesoros, reunidos en días y años de constante hurgar y recoger cosas que parecían inservibles. Estaba presente a la llegada de todos los trenes. Los días de pago se situaba junto a la ventanilla, pero no aceptaba un solo centavo. Parecía que buscaba a alguien.

Cierta vez, todavía cuando estaba joven, alguno quiso redimirla y rescatarla de la vida infrahumana que llevaba, pero era inútil obtener una palabra de ella. Emitía una serie de sonidos guturales y se alejaba. De tanto verla, todos se acostumbraron a considerarla como algo que formaba parte de la vida diaria del Ferrocarril. Los trenistas la consideraban de mal agüero y se santiguaban cuando la veían al lado de la vía, en los límites del patio, sentada junto a la yerba y contemplando el tren como si quisiera hacerlo objeto de algún maleficio.



El Choque

Mario Mora Barba³⁶

El tren, con su potente Niágara, se iba acercando a Zacatecas, la estela que dejaba el humo, belleza negra, parecía rivalizar con las nubes blancas. Surcó de nuevo el aire ese sonido peculiar, prolongado, perturbador, melancólico. Ningún desfile tan hermoso como el paso del tren: el ruido *sui generis* de un convoy en marcha surcaba el campo. El maquinista era dueño del horizonte. Venturosamente se realizaba el viaje. Nada había extraordinario en el paisaje. Consultó el reloj al empezar la zona montañosa que se prolongaba hasta Zacatecas. En el escape inmediato se encontraba “la maroma”, má-

quina auxiliadora en las cuestas, que requieren para un carguero mayor fuerza de tracción. El maquinista de la ayudadora maniobró para colocarse delante de la locomotora Niágara, pero esta vez el jefe del tren la envió a la parte posterior del convoy, pues el viejo maquinista no quería que nadie se fuera antes que él.

Penosamente ascendía el tren directo. La locomotora parecía doblarse al tomar, entre dos cerros, la curva interminable. Terminaba una y surgía otra, al flanco contrario, como una espiral, en “eses” interminables, de pronto, súbita e inesperadamente surgió el otro tren. Ninguno de los maquinistas tuvo tiempo de aminorar la velocidad y las locomotoras quedaron incrustadas, como dos bestias antediluvianas que yacieran, tras una batalla descomunal.

³⁶ Mario Mora Barba, “Sinfonía de Vapor. El Choque”, en: *Exedra*, abril de 1994, Año 2, Núm. 14, p. 20.

Los conductores tardaron en recuperarse. Luego principiaron a buscar a los compañeros. La tripulación de ambas locomotoras pereció instantáneamente. Un garrotero yacía con el cráneo hundido y otro más agonizaba con las piernas fracturadas y el tórax oprimido por una rueda.

Maquinista y fogonero de la ayudadora miraban con espanto el espectáculo. Se alegraban de estar vivos y, al mismo tiempo, dudaban que sus compañeros estuvieran muertos. De las bolsas del maltrecho jumper de uno de los muertos salía el reloj reglamentario, por extraña ironía, todavía caminando.

Junto a cada locomotora se formó un mar de aceite hirviendo. Amanecía. Los ojos vidriosos de Don Ventura retrataban parte del cielo. Eran dueños del horizonte. Los supervivientes sintieron un súbito deseo de huir,

pero juntaron sus muertos y los cubrieron con mantas traídas del cabús.

El conductor del tren conectó el telégrafo. Los gateteros protegieron con señales a los trenes que se aproximaban. El telegrafista en turno recibió la comunicación y la transmitió a todas las estaciones inmediatas donde los trenes en movimiento detuvieron su marcha.

A lo largo de la División Centro, en cada escape donde se detuvo un tren, las tripulaciones se preguntaban: “¿Quién será el próximo?” Miraban con temor y respeto a la locomotora que conducían. Sabían que el largo camino abierto frente a las paralelas tenía que terminarse para ellos, algún día. Un fogonero se estremeció al recordar que, al salir de la terminal, en los límites del patio, la bruja Petra le había hecho señales agoreras. Nunca se equivocaba.



El chan del agua
21,5 x 33,7 cm
Plumón sobre papel
2016
Roberto Castro
Fernández

³⁷ “La leyenda del Chan del Agua”, *Mascarón, Para que los sepa... Leyendas de Aguascalientes II*, Aguascalientes, Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes-Gobierno del Estado de Aguascalientes, Año V, Núm. 51, enero de 1998.

La leyenda del Chan del Agua

La conjunción de dos culturas, en las cuales el aspecto mágico y religioso del agua tienen una gran preponderancia, desemboca en una serie de mitos y leyendas populares como la que corría de boca en boca por el año de 1880 en esta Ciudad.

Existía en aquel entonces un charco llamado Campanero, que se formaba en el cruce del Paso de Curtidores con el río del mismo nombre (Pirules o San Pedro). La localización exacta correspondía en la actualidad en el cruzamiento de la prolongación de la calle Salvador Quezada Limón y el río San Pedro. Según se sabe, el charco servía para bañar a los caballos de los soldados, pero también se identifica con la morada de un personaje mítico, cuyas características antropomórficas eran parecidas a un hombre-lagarto, conocido como el Chan del Agua.³⁷

Los atributos masculinos de este monstruo eran aprovechados por las damiselas de la época, quienes habiendo dado su mal paso, necesitaban justificar el futuro alumbramiento de un nuevo ser. Para lograr su objetivo, la incauta acudía a bañarse al charco en donde en un ritual entre mágico y sensual quedaba preñada por el Chan.

De esta manera, el famoso personaje resultaba responsable de un sinnúmero de desgracias, siendo padre de más de cuatro y atiborrando los registros parroquiales de nacimientos con el apellido Chan del Agua.

A manera de consumación

En alguna ocasión tuve la oportunidad de presentar en la Casa Museo Gene Byron en Guanajuato, Gto., el libro *El tren pasa primero*, de Elena Poniatowska. Al día siguiente Virgilio Fernández del Real, gran amigo y dueño del museo, nos invitó a su casa para ofrecer una comida en honor de Elenita. Ahí tuve la oportunidad de charlar con ella y me dijo algo muy interesante respecto al valor de la cultura oral: “Son muy importantes los testimonios, las leyendas, los mitos, las experiencias que cuentan los más viejos, yo creo que es muy importante acercarse a los viejos y hacerlos hablar. Ellos siempre están buscando también un oído amigo y simpatizante que quiera escuchar sus historias”.³⁸ Es verdad que los “abuelos” están buscando un oído amigo que los escuche y gracias a ello han podido pervivir muchos cuentos, canciones, mitos y leyendas.

Bajo el supuesto de que todo tiempo pasado fue

³⁸ Entrevista hecha a Elena Poniatowska por Gabriel Medrano de Luna el 9 mayo de 2008 en la casa particular de Virgilio Fernández del Real en Guanajuato, Gto.

mejor, podemos advertir que las narraciones reflejan una idealización romántica del pasado aguascalentense, “del ayer”, de una ciudad que posee gran riqueza histórica y cultural, que se manifiesta no sólo en sus tradiciones y festividades sino también en sus leyendas.

Es muy probable que muchos autores escribieran sus historias para mantener viva una rica tradición textual y que al mismo tiempo mostraran parte de la vida cotidiana, creencias, supersticiones, miedos y anhelos de los aguascalentenses. De los propios barrios antiguos, porque ante el inminente crecimiento de la Ciudad, pareciera que también se han perdido diversas historias.

Los ferrocarriles en Aguascalientes marcaron un punto de referencia para hablar de un “antes de” y “después de”, que se manifestó a través de la transformación de diversas expresiones socioculturales de la ciudad, como la urbanización, las diversiones públicas, las creencias religiosas, la educación e inclusive en los textos escritos. Por ejemplo las leyendas, antes de la

llegada del ferrocarril seguían siendo parte de las historias cotidianas de los aguascalentenses, después de la llegada del tren ya no se siguieron contando de igual manera, pasaron a ser “lo de antes” y ahora habría que contar cosas “nuevas”.

Lo valioso fue que en lugar de desaparecer ciertas tradiciones ya existentes, pasaron por un proceso de re-significación para continuar vigentes y formar parte de la cultura aguascalentense. Sirvan de ejemplo las historias aquí contadas como la de Juan Chávez y El Cerro del Muerto. Algunas personas quizás no sepan la leyenda de la China Hilaria pero siguen diciendo “hijo de la China Hilaria” para referirse a una persona revoltosa o cuando se escucha decir “¿cómo te fue?” y se responde “de la China Hilaria”.

Es importante referir las leyendas dentro de un contexto socio-histórico determinado, algunas fiestas y tradiciones han pervivido y otras han desparecido, tales como la Feria de San Marcos celebrada en abril, la fes-

tividad religiosa en honor a la Virgen de la Asunción de Aguascalientes realizada del 1 al 15 de agosto, la fiesta con motivo del señor del Encino el 13 de noviembre, la Feria de la Uva —tradición que despareció y se realizaba durante la segunda semana de agosto— y las festividades a la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre.³⁹

Ese encanto por la ciudad que muchos escritores dieron plasmado en sus poemas, en sus historias y en sus leyendas, por ejemplo en el libro *Letras sobre Aguascalientes*, de Antonio Acevedo Escobedo. Posiblemente esa fascinación fue una de las razones por las que Alfonso Montañez y Guadalupe Appendini, entre otros, decidieron escribir las leyendas, porque “escribiendo las leyendas” dejaban palpable la grandeza aguascalentense a futuras generaciones.

Al lector le tocará comprobar la veracidad o ficción de las leyendas aquí expuestas, tendrá que recorrer

³⁹ Alejandro Topete del Valle, *Aguascalientes. Guía para visitar la Ciudad y el Estado*, México, 3^a edición, 1973, pp. 62-63.

calles, cerros, barrios, jardines y edificios para dejarse atrapar por la fantasía de Aguascalientes, quizá se encuentre con el tesoro de Juan Chávez si va al cerro de Los Gallos, o logre desenredar el rizo del cabello de la China Hilaria, escuchar a los cuatro hermanos Santoyo junto al árbol de granado ¿y por qué no? Encontrar parte de las monedas que dejaron enterradas, se podría encontrar al Encapuchado en el Jardín de San Marcos y si tiene suerte y va al Cerro del Muerto, podrá encontrarse con los hombres de ojos luminosos y fantasmas de una raza extinta.

Mi interés es que este libro sea una aportación al rescate y difusión de las historias y leyendas aguascalentenses. Prueba de ello son las diferentes versiones que se lograron obtener de algunas de ellas con la intención de tener un texto más consumado y sugerente de los ya existentes en Aguascalientes, y que su lectura sea atractiva a jóvenes y niños con la ilusión que se adentren al fascinante mundo de la cultura oral y sean ellos mismos los futuros narradores.

Bibliografía

Acevedo Escobedo, Antonio, *Letras sobre Aguascalientes*, 1^a edición 1963, México, 2^a edición 1981.

Aguilar Reyes, José, compilador, *35 Leyendas de mi Provincia*, México, 1951.

Álvarez del Real, María Eloisa, Dirección General, *Diccionario de términos literarios y artísticos*, Panamá, Editorial América, 1990.

Appendini, Guadalupe, *Leyendas de Provincia*, México, Porrúa, 2^a edición 1999, Sepan Cuantos Núm. 661.

Beltrán, Juan Mari, Díaz, Joaquín, Pelegrín Ana, y Zamora, Ángela, *Folklore musical infantil*, Madrid, España, Ediciones Akal, 2002.

Étiennvre, Jean-Pierre, editor, *La leyenda. Antropología, historia, literatura: Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez -La Légende. Antropologie, histoire, littérature: Actes du colloque tenu á la Casa Velázquez, 10/11-XI-*

Bettelheim, Bruno, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Editorial Crítica, Barcelona, 1977.

Cassirer, Ernst, *Filosofía de las Formas Simbólicas*, México, FCE, 1985, 3 Volúmenes.

Castillo, Alma Yolanda, *Encantamientos y apariciones. Análisis semiótico de relatos orales recogidos por Tecali de Herrera, Puebla*, México, INAH, 1994, Regiones de México.

Estébanez Calderón, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

1986, (Colloque franco-espagnol), Madrid, Universidad Complutense-Casa de Velázquez, 1989, Casa de Velázquez / Universidad Complutense de Madrid # 6.

García Salord, Susana, Vanella, Liliana, *Normas y valores en el salón de clases*, México, Siglo XXI Editores –UNAM, 6^a edición 2000.

Gennep, Arnold van, *La formación de las leyendas*, Facsímil de la edición de 1914, presentación de Ramona Violant, Madrid, Alta Fulla, 1982.

Gómez de Silva, Guido, *Diccionario Internacional de Literatura y Gramática*, México, Fondo de Cultura Económica, 1^a reimpresión en español 2001.

González, Agustín R., *Historia del Estado de Aguascalientes*, 1^a Edición 1881, México, Instituto Cultural de Aguascalientes–Gobierno del Estado de Aguascalientes, 4^a Edición 1992.

Leyendas, cuentos, fábulas, apólogos y parábolas. Antología, México, Editorial Emilio Rojas, 1993.

Ortiz Rico Contreras, Áurea, *La Tradición oral de Aguascalientes. Propuesta de clasificación de cuentos, fábulas y leyendas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001, Tesis de Maestría en Ciencias Humanas sin publicar.

Rimas, leyendas y narraciones, México, Editorial Porrúa, Colección Sepan Cuántos Número 17, Prólogo de Juana de Ontañón, Vigésimo séptima edición 2007

Rojas, Beatriz, Gómez Serrano, Jesús, Reyes Rodríguez, Andrés, Camacho, Salvador y Reyes Sahagún, Carlos, *Breve historia de Aguascalientes*, México, El Colegio de México-FCE-Fideicomiso Historia de las Américas, 1994.

Scheffler, Lilian, *Cuentos y leyendas de México. Tradición oral de grupos indígenas y mestizos*, México, Panorama, 1982.

Topete del Valle, Alejandro, *Aguascalientes. Guía para visitar la Ciudad y el Estado*, México, 3^a edición, 1973.

Yurén Camarena, María Teresa, *Eticidad, valores sociales y educación*, México, UPN, 1995.

Hemerografía

Archivalia: Juan Chávez, Año I Núm. 2, Octubre 1994, Publicación Bimestral del Archivo Histórico, Gobierno del estado de Aguascalientes.

El Porvenir, Periódico oficial del Gobierno del Estado, Tomo II, Núm. 71, Aguascalientes, febrero 6 de 1862.

Exedra, enero de 1994, Año 1, Núm. 11.

Exedra, abril de 1994, Año 2, Núm. 14.

La Revista, Periódico oficial del Gobierno del Estado, Tomo I, Núm. 26, Aguascalientes, abril 16 de 1863.

La Revista, Periódico oficial del Gobierno del Estado, Tomo I, Núm. 88, Aguascalientes, noviembre 19 de 1863.

Mascarón, Para que los sepa... Leyendas de Aguascalientes I, Aguascalientes, Archivo Histórico del Estado de

Aguascalientes-Gobierno del Estado de Aguascalientes, Año IV, Núm. 48, octubre de 1997.

Mascarón, Para que los sepa... Leyendas de Aguascalientes II, Aguascalientes, Archivo Histórico del Estado de Aguascalientes-Gobierno del Estado de Aguascalientes, Año V, Núm. 51, enero de 1998.

Fuentes digitales

<http://aguascalientes.gob.mx/segob/archivohistorico/docs/BarriodelEncino.pdf>. Consultado el 24 de febrero de 2016.

<http://www.aguascalientes.gob.mx/>
<http://www.aguascalientes.gob.mx/estado/escudo.aspx>.

Entrevistas

Poniatowska Elena, entrevista hecha por Gabriel Medrano de Luna el 9 mayo de 2008 en la casa particular de Virgilio Fernández del Real en Guanajuato, Gto.

Ilustradores

Edgar Adrián Aranda Ramírez

Fotógrafo profesional desde los 17 años. Cuenta con un diploma do en Fotografía y edición digital. El gusto por el arte de dibujar y pintar nació en la infancia sin haber tomado clases, ha pintado en diferentes técnicas como pastel, carbón, lápices de colores, acuarela y óleo. Le gusta disfrutar la vida, ama la naturaleza y valora la grandeza de lo más pequeño.

Hanna Ballesteros

Joven artista visual oriunda de Aguascalientes que experimenta y explora un lenguaje personal que a su corta trayectoria ya la identifica. Las técnicas y materiales que utiliza son: cerámica de alta temperatura, acrílico sobre macetas de barro y papel, tinta sobre papel algodón y acuarela. Sus circunstancias personales la han llevado a ser principalmente autodidacta en su desarrollo técnico, y lo que pareciera como una desventaja es lo que ahora le da una personalidad particular en su propuesta.

Mariana del Rocío Castillo Rodríguez / Marianas

Nació en Colima en febrero de 1991; cuenta con la licenciatura en Ciencias del arte y gestión cultural por parte de la UAA. Se ha desempeñado como tallerista de fomento a la lectura de diversos programas, como lo son Tropel de Lectura, Unidades de Exploración Artística y HÁBITAT. Actualmente se desempeña como asistente editorial en el Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura, con actividades de gestión y producción editorial.

Roberto Castro Fernández

Nació en la Ciudad de México en septiembre de 1971. Estudió la licenciatura de Artes visuales en la Universidad Autónoma de Guanajuato; ha participado en cursos como “Dibujo al aire libre” y “Técnicas de dibujo” en el C.C. Los Arquitos, y “Pintura” en el Centro de Artes Visuales. También colaboró en los proyectos escénicos Máquina de Hamlet, Tesoro Chichimeca y ENTEPOLA. Ha trabajado como tallerista en El Centro Cultural el Cuale en Vallarta, así como impartiendo cursos de “Arte en reciclado”. Como artista colaboró en el mural “Radiación imaginaria” ubicado en la Casa de Animación Cultural Oriente (CACO).

Biagio Grillo

Nació en Messina (Sicilia) en julio de 1983, italiano y mexicano de adopción. Estudió la Licenciatura en Historia y la Maestría en Lengua y literatura en la Universidad “Alma Mater” de Bologna. Fue catedrático en la Licenciatura de Letras hispánicas de la UAA y docente en idiomas de la misma universidad. Actualmente se desempeña como coordinador de Literatura del programa UEA’S en el Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura.

Iztheni Hernández Martínez

Nació en la Ciudad de México en 1979. Estudió las carreras de Ofimática, Administración de Empresas y Artes Visuales, esta última en la Universidad de las Artes con especialidad en grabado. Ha impartido talleres de Artes visuales a niños y niñas de nivel primaria; desde el 2011 ha laborado en el programa UEA's del IMAC, como tallerista y ahora como coordinadora. Actualmente es parte del equipo de Servicios Educativos del Museo Espacio, es profesora de gráfica en el Bachillerato de las Artes y docente del taller de pintura en el Colegio Francés Hidalgo. Como artista ha participado en más de 30 exposiciones colectivas e individuales en diversas entidades de la república.

Guillermo Hernández/ Willy el Coyote

Nació en Aguascalientes en julio de 1989; estudió la carrera de Ciencias del arte y gestión cultural por la UAA con especialidad en gestión de proyectos y arte multimedia. Ha trabajado como profesor de lenguas extranjeras y realizado de forma *freelance* trabajos como editor, redactor y traductor de textos en idioma Inglés. También ha participado en eventos culturales como presentador, productor y diseñador de material de difusión. Su especialidad es la animación digital, pero es aficionado al dibujo en tinta y la pintura al óleo y acrílico. Actualmente dirige el sitio web Culcoyote enfocado al entretenimiento digital y trabaja en Tu sombra me acompaña, relatos fantásticos en los últimos tres años.

David Hidalgo Uribe / El Beeb

Nacido en agosto de 1981 en la Ciudad de México. Comenzó sus estudios en la Escuela de Iniciación Artística No. 1 del INBA. Participó en los talleres “La imagen del rinoceronte” con Humberto Valdez, y el “Taller de pintura y escultura” del IPN con Armando Ortega. Destacan su participación en el Concurso de Pintura Politécnica con una Mención Honorífica (2002) y en el VII Festival de la Juventud Politécnica Cristina (2001). Estudió Artes visuales en Aguascalientes donde participó en las exposiciones “Plástica sobre rieles” (2006) y la selección para la “Primera Bienal Pedro Coronel” en Zacatecas (2008). Su proyecto Simbióticalab (2012) ha contado con los apoyos de Redesearte paz, ALERTA otorgado por CONACULTA-IMAC (2013) y con el PACMYC (2015). Ha trabajado en el programa UEA's del IMAC desde 2010.

Arely Joseline Jiménez Hurtado

Nació en junio de 1992 en Aguascalientes. Estudió la Licenciatura de Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Como narradora destacan algunos textos como “La corona de espinas”, *Salvo el crepúsculo*, año II, Núm. IV, julio 2013 y “No sigas a las mariposas”, *Cuentos del sótano*, IV, Editorial Endora, abril 2013. En poesía ha publicado “Conversar con el aire”, *Caminos de libertad*, julio 2015; “Viene lo ausente”, *Segunda Muestra de Poesía Joven Mexicana* (1984-1993), Otro Páramo, junio 2015; “Memorial”, Enter, junio 2015; entre muchos otros. Y en su haber como ensayista “El amor cortés en El amor es una droga dura”, *Delatripa: Narrativa y algo más*. Esta es la primera vez que es publicada como ilustradora.

Humberto Rincón Castorena / Tito

Productor artístico aguascalentense, egresado sin título de la Universidad de las Artes, es Diseñador Gráfico por la escuela ya desaparecida CNCI Aguascalientes. Colaboró en el Primer Tianguis de la Grafica con el diseño de imagen. Como muralista trabajó el mural de la Secundaria Técnica Núm. 10 del municipio de Jesús María en Aguascalientes; así mismo el mural exterior del Templo Masón Benito Juárez; el mural de la Secundaria La Constitución; el mural en Casa Muluk y el mural del bar Mama Ine. Su trabajo fue seleccionado en el Primer concurso Pérez Romo UAA, así como en el Concurso de Pintura Mural, España. Se reconoció su participación en el Concurso de pintura mural Renca, Chile. Colaboró en el diseño de la revista cultural “La Catrina” y diseñó la portada del libro Premio Dolores Castro. Actualmente trabaja como diseñador en IMAC.

Pedro de David Salas Muños

Nació en León, Gto., el año de 1990. Estudió la licenciatura en Ciencias del arte y gestión cultural en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Se ha desempeñado como tallerista de Fomento a la Lectura en el IMAC y HABITAT. Su afán por el rescate del Arte Popular lo llevó a escribir el libro *De juguetes y jugueteros* y la realización del documental *De juegos, rostros y raíces*, entre otras actividades. Actualmente labora como maestro de Artes Visuales en la Secundaria Rafael Ramírez Castañeda en el municipio de Calvillo en Aguascalientes.

Alejandra Soria Ávila

Nació en diciembre de 1982 en Aguascalientes. Es licenciada en Artes Visuales por la Universidad de las Artes. Fue facilitadora en el taller “Derechos sexuales y reproductivos” del IAM, también se ha desempeñado como tallerista de Artes visuales en instituciones como Manos Unidas por la Niñez y el IMAC. Impartió Artes en el Colegio José Vasconcelos y Artes experimentales en la Preparatoria Petróleos Mexicanos; participó en los programas del IEA y PROARTE del ICA. Ha expuesto en más de 10 muestras colectivas e individuales; fue seleccionada en el Concurso del Ferrocarril (2010), en la 5^a Bienal Enrique Guzmán (2012) y en el concurso de gráfica y pintura Pérez Romo (2014). Actualmente es docente de Artes en la Preparatoria en Artes y Humanidades “José Gpe. Posada”



